

EL BARCO



DE VAPOR

Dos hombres o tres

Paco Martín



se

Había en una ciudad de Galicia dos hombres realmente extraños. Uno, Juan, era grande y robusto. El otro, Nocomedes, pequeño y delgado como un ratoncito. Además, eran amigos entre sí, y no parecía que tuvieran ninguna ocupación especial. Aquello no podía ser normal. El policía Vitín comenzó a investigar.

A partir de 12 años



Paco Martín

Dos hombres o tres

**Serie Roja - 82 (El Barco de
Vapor)**

ePub r1.0

nalass 13.10.13

Título original: *Dous homes ou tres*

Paco Martín, 1995

Traducción: Belén Martín

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



*Para José Antonio Arias,
en memoria de su padre.*

EN una ciudad de Galicia vivían dos hombres. En realidad allí vivían bastantes más hombres que dos, y también mujeres, y niñas, y niños, y perros, y gatos, y pájaros... y muchísimos seres más. Tal vez, si nos pusiésemos a contarlos, pasarían de cien mil los que en esa ciudad vivían. Incluso, y si nos diese por sumar también a todos los ratones, gusanos, moscas, pulgas, peces y demás,

llegaríamos a descubrir que allí vivían por lo menos tres o cuatro millones.

Lo que pasa es que, para la historia que aquí vamos a contar, parece que eso de comenzar diciendo que *en una ciudad de Galicia vivían dos hombres...* no está nada mal y que ya se da por supuesto lo de otros muchos seres vecinos suyos. Además, los que ahora precisamente nos interesan son esos dos hombres que también vivían en esa ciudad —en realidad me atrevería a asegurar que allí viven todavía porque recuerdo haberlos visto paseando por una de sus calles no hace mucho tiempo —, ya que este relato trata precisamente

de ellos.

Uno de los dos, el que se llamaba Juan, era un hombre grande, más bien enorme, con una estatura próxima a los dos metros, y grueso como un buey. Caminaba siempre muy despacio, a grandes zancadas de sus larguísimas piernas, y apoyando cuidadosamente sobre el suelo los enormes pies, siempre calzados con fuertes zapatones. Aquel que lo veía andar de esta guisa podría pensar que tenía miedo de aplastar a alguien cada vez que daba un paso.

El otro hombre, que se llamaba Nicomedes —aunque todos le decían Ni por eso de ahorrar trabajo—, era por el

contrario breve y delgado como un ratoncito y no abultaba casi nada. Caminaba a saltitos cortos, con pasos menudos y muy rápidos, para así poder seguir la marcha de su amigo Juan.

Para darnos una idea cabal de su curiosa disparidad, bastará con decir que el tal Juan pesaba ciento dieciocho kilos, y Nicomedes, alrededor de cincuenta y nueve. Cualquiera que tenga algo de interés, y además sepa dividir—o simplemente sumar—medianamente bien, puede comprobar sin demasiado esfuerzo que uno pesaba, justamente, el doble que el otro.

También es verdad que, si no

queremos pecar de exagerados, el tal Juan sobrepasaba, a veces, sus ciento dieciocho kilos y llegaba a alcanzar los ciento veinte, o algo más — especialmente en invierno, que es cuando el cuerpo pide comidas fuertes y abundantes que ayuden a combatir el frío —, pero tampoco es menos cierto que, siempre que eso sucedía, él no se lo decía a nadie y seguía sosteniendo delante de quien fuera que se encontraba en su peso habitual, ni un gramo más ni un gramo menos. Hacía esto para no empequeñecer a su compañero Ni, ya que éste sí que nunca subía ni bajaba de los cincuenta y nueve, por mucho

esfuerzo que hiciera —que no hacía ninguno porque se encontraba muy cómodo tal y como estaba— y que, también estamos seguros de ello, si alguna vez, por cualquier razón, hubiera llegado a aumentar o disminuir algo en su peso, tampoco habría dicho nada para así evitarle a Juan todas las molestias que le hubiese podido provocar su conocido afán de pesar siempre justo el doble que su amigo.

Y esto era así porque se apreciaban de verdad, eran buenos amigos y andaban siempre juntos. En realidad eran muy pocas las personas —si es que había alguna— que podían decir, sin

faltar a la verdad, que habían conseguido ver a uno de ellos sin la compañía del otro.

Esta costumbre suya resultaba, como es lógico, un tanto chocante para todos aquellos que alguna vez se cruzaban en su camino; un hombre, de enorme tamaño y andar pausado, siempre al lado de otro hombre, éste pequeñito e inquieto, formando una pareja realmente singular y pintoresca. Y cualquiera de los que vivían en esa ciudad a la que antes nos hemos referido podía encontrárselos en cualquier momento, y también podían hacerlo todos cuantos forasteros aparecieran por allí, puesto

que los dos amigos estaban siempre paseando y lo mismo daba que fuera de día o de noche, que lloviera a cántaros o que apretara el calor... Les gustaba tanto salir de casa que incluso los días en los que se televisaba la final de la copa, o uno de esos partidos de fútbol que nadie se quiere perder y que hacen que las calles de la ciudad se vacíen de gente, ellos dos eran los únicos a los que se podía ver por los sitios de siempre, como si no se estuviese produciendo tan vital acontecimiento... e incluso había quien aseguraba que ni siquiera se preocupaban de preguntar después por el resultado final del

partido.

O sea, que no es nada extraño que estos dos amigos tuvieran fama de ser un poco raros.

También resultaba muy curioso oírles hablar. El tal Juan, el grande, tenía una voz delicada y fina, de niño mimoso, y decía las cosas con mucho cuidado, como si tuviese miedo de molestar al que escuchaba, mientras que el pequeño Ni, por el contrario, poseía un vozarrón, semejante al trueno, que circulaba resonando de casa en casa por toda la calle.

—Es que Juan habla así, suave, y deja caer las palabras de manera que

bajen hacia mí sin violencia, pero yo necesito que las mías lleguen allá arriba con la fuerza suficiente para que no se pierdan por el camino y puedan ocupar esas grandes orejas que él tiene... La naturaleza sabe bien lo que hace cuando decide lo que resulta apropiado para cada persona —explicaba Ni a quien quisiera escucharlo.

Y debía de tener razón, porque a los dos no les iban nada mal las cosas. Quizá porque no eran demasiadas las que los preocupaban ni tenían ambiciones que los obligaran a concentrarse en ellas todo el tiempo.

En la ciudad, ya lo hemos dicho, por

todos eran conocidos, y salvo los poco generosos —que siempre los hay—, también todos les profesaban un cierto aprecio porque pensaban que la pareja era, salvando las lógicas distancias, algo semejante a la catedral, los jardines del centro, los conciertos de la banda municipal o los viejos cafés y tabernas, elementos que, de alguna manera, pertenecen a la colectividad.

Juan y Ni se llevaban bien con los niños que iban camino del colegio, con los viejos que mataban el tiempo en los bancos del jardín o delante de las mesas de dominó, con las señoras que regresaban a casa, incómodas por culpa

de los precios, después de la compra diaria; con aquellos que discutían de fútbol o política a la salida del trabajo, e incluso con las palomas urbanas y con los patos que nadaban, cansados y aburridos, sobre las oscuras aguas del sucio estanque... También es cierto que eran muchos los que los consideraban un poco chiflados y, a veces, murmuraban de ellos hablando de sus raras costumbres y del pintoresco modo que tenían de entender la vida. Los que así actuaban, lo hacían siempre en su ausencia ya que, si tenemos en cuenta el corpachón de Juan, no es difícil comprender que nadie se atreviera,

incluso conociendo su naturaleza pacífica, a hacer comentarios poco agradables estando ellos delante.

Y así, sin mayores cambios ni problemas, transcurría la vida de esta ciudad de la que hablamos y también la de sus gentes, entre las que se contaban nuestros dos amigos. Pero, y es natural que suceda de vez en cuando, algo iba a pasar que rompería, en cierta medida, aquella tediosa tranquilidad.

El caso es que un día, no hace mucho tiempo, llegó allí destinado un joven policía, un muchacho que estaba orgulloso de su elegante uniforme azul y al que le gustaba pasear, no sin cierta

arrogancia, por las más céntricas calles de la ciudad. La verdad es que era un buen hombre y llegaba lleno de ilusiones y ganas de hacer cosas importantes, un tanto motivado, tal vez, por su mucha afición a cierto tipo de películas norteamericanas y determinadas series de televisión. Pero esto es algo comprensible, e incluso lógico, cuando se trata, como era el caso, de un muchacho joven dispuesto a abrirse camino.

Y, no podía ser de otro modo, este policía —Víctor de nombre, aunque él prefería que le llamasen Vitín— acabó fijándose en la pareja formada por Juan

y Ni a los pocos días de su llegada y, como tampoco podía ser de otro modo, los dos pintorescos amigos llamaron su atención despertando, enseguida, su curiosidad.

Preguntó a sus colegas.

—¿Esos dos? Nada, hombre... No deben de estar muy bien de la cabeza, pero no hacen daño a nadie... Lo mejor es que no les hagas caso...

Vitín, consciente del lugar que allí le correspondía dada su casi nula experiencia, escuchaba con respeto y atención todo cuanto sus compañeros más veteranos le decían, comportándose como el hombre correcto y disciplinado

que siempre había sido.

—Vosotros tenéis mucha más experiencia que yo, conocéis mejor esta ciudad y vuestra pericia es muy superior a la mía, de eso estoy seguro, pero no creo que seáis capaces de negar que lo de esos dos tipos no es normal. Y no porque estén locos, que no lo parecen, sino por la clase de vida que llevan. Están siempre paseándose y hablando, de día y de noche... Eso, así sin más, no es que sea malo y hasta ahí estamos de acuerdo. Pero tampoco es menos cierto, y hablo por lo que se ve a primera vista, que no trabajan en nada, ¿o sí lo hacen?

Nadie respondía y eso animaba al

joven a seguir:

—Tampoco me negaréis que esa falta de ocupación tiene algo de sospechoso. Porque ellos comer, lo que se dice comer, seguro que sí lo hacen. De eso estoy más que convencido. Y al grande no creo que le baste un mendrugo de pan cada día, a juzgar por el corpachón que tiene. Tampoco andan desnudos y, de sobra lo sabemos todos, la ropa no se regala... E incluso, que yo los he visto algunas veces, entran en un café o en una taberna y allí se toman algo. También van al cine, al teatro y no se pierden un concierto musical, cuando lo hay. Todo eso cuesta dinero, ¿verdad?

¿Puede alguno de vosotros decirme de dónde lo sacan?

Ninguno de los presentes tenía, como es lógico, una respuesta tajante para contestar a preguntas tan directas.

—Hombre..., a lo mejor heredaron algún dinero hace tiempo y van tirando con eso. La verdad es que el gasto que hacen, a pesar de lo que tú digas, no es demasiado importante...

—También puede ser que les tocara la lotería.

—Si eso fuese cierto, o hubiesen acertado una quiniela o algo así, estoy seguro de que se habría sabido en toda la ciudad...

No estaba Vitín dispuesto a dejarse convencer por las razones que daban los otros policías. Él procuraba estar siempre centrado en su trabajo y creía —aunque no lo dijese— que aquellos compañeros suyos, llevados seguramente por la costumbre y los muchos años de estar siempre haciendo trabajos rutinarios, eran ya como el resto de los vecinos y no desconfiaban lo suficiente de la gente que se movía junto a ellos.

—Yo, vuelvo a repetir que con todos mis respetos hacia vosotros, creo que esos dos hombres resultan sospechosos y que mi obligación es investigarlos por

si realizasen alguna actividad ilegal...

Y, seguido por la veterana sonrisa de los demás, el tal Vitín se dispuso a conseguir el primero de los grandes triunfos profesionales que, sin duda, acabarían por marcar su vida.

Nicomedes y su amigo Juan estaban, como es lógico, muy lejos de sospechar que habían caído bajo el punto de mira de las pesquisas de aquel policía, y seguían su vida de siempre, paseando por la ciudad el uno junto al otro y con la lógica naturalidad de quien lleva un montón de años haciendo algo tan

inocente que jamás se le ocurriría pensar que alguien pudiese desconfiar de él. Esto, que no dejaba de resultarles gratificante, también les impedía, en un primer momento, percatarse del sutil espionaje al que había comenzado a someterlos Vitín, deslizándose sigiloso por las esquinas, escondiéndose en el interior de los portales, ocultándose detrás de los troncos de los árboles en los jardines o cobijando su rostro con las hojas de un periódico abierto, a la manera que él había visto hacer tantas veces a los personajes de sus películas favoritas.

Pero lo cierto es que Vitín no podía,

aunque ese fuera, sin duda, su más ferviente deseo, estar continuamente vigilando a aquellos dos. Tenía otros servicios que cumplir y aquella investigación era algo que deberíamos considerar como privado y personal, ya que ninguno de sus superiores le había encargado hacer tal cosa, ni existía ningún tipo de denuncia o requerimiento al respecto. Esto quiere decir que el tiempo que Vitín invertía en llevar adelante aquel trabajo que había decidido por su cuenta era precisamente aquel que le quedaba para dedicarlo a su descanso personal.

Ya sabemos que la ciudad era

tranquila y que el trabajo de un policía no resulta excesivo, aparte de los asuntos de rutina, por lo que Víctor, dedicándole, como así hacía, sus días libres y muchas de las horas en las que no estaba de servicio, ejercía sobre los dos curiosos amigos un control que podríamos calificar de bastante completo.

Tampoco era demasiado difícil hacerlo así, sabiendo como sabemos que ellos no se ocultaban nunca de nadie ni desconfiaban de nada.

A pesar de todo —y eso influyó mucho para que la mosca que Vitín tenía ya detrás de la oreja aumentase

considerablemente de tamaño—, al policía le pareció observar que, a veces y cuando más controlados creía tenerlos, perdía de vista a los dos amigos como si a éstos se los hubiese tragado la tierra o se los hubiese llevado el viento.

Cuando esto pasaba, no podía evitar la sensación de que ellos se escondían a propósito para reírse de él, y no dudaba en preguntar a la gente de la calle.

—¿Nicomedes y Juan, dice usted? Pues no sabría decirle... Hace un ratito estaban ahí, delante de esa tienda, hablando con una chica rubia, pero ahora... Ya se sabe cómo son ellos, que nunca están mucho tiempo en el mismo

sitio... A lo mejor han entrado en la tienda...

Y Vitín iba a mirar a la tienda, a los portales de todas las casas de por allí e incluso llegaba a subir las escaleras y preguntar por ellos en alguna de las viviendas, pero siempre sin resultado positivo.

Estas cosas hacían que nuestro hombre empezara a sentirse un tanto ridículo, a la vez que crecían sus sospechas sobre las actividades desconocidas que los dos amigos podrían realizar a espaldas de las demás personas. No se atrevía, naturalmente, a calificar de misteriosas aquellas

desapariciones porque él era un hombre realista y sabía muy bien, sobre todo debido a su trabajo, que no hay tales misterios, y que los que así son considerados por el vulgo tienen todos una explicación de lo más lógico cuando alguien, casi siempre el sagaz policía de la novela o de la película, los resuelve demostrando que la solución estaba ahí, a la vista de todo el mundo, pero que a ningún otro le era dado encontrarla por manifiesta falta de capacidad.

Éste es, precisamente, el trabajo que todo el mundo espera que sepan hacer bien las fuerzas de seguridad, y nuestro amigo Vitín tenía bien asimilado su

deber. Lo malo del asunto era que aquellos dos hombres desaparecían de su vista como si, de repente, se volviesen invisibles y, después, cuando ya había pasado cierto tiempo y él andaba perdido por cualquier calle de la ciudad sin saber muy bien a qué atender, aparecían allí otra vez los dos, al doblar una esquina, tan naturales y tranquilos como siempre y, la mayoría de las veces, enzarzados con alguien en amena conversación.

VITÍN, ya lo hemos dicho, era un hombre de honda vocación por su trabajo y de firme voluntad para sacarlo adelante. No debía, pensó, dejarse vencer por algo tan sencillo como, sin duda, aquello era, y decidió que cualquier pista, por pequeña que pudiese parecer, podría llegar a tener gran importancia en el momento adecuado, ayudando a esclarecer aquel asunto que, dijese lo que dijese los

demás policías, tenía de misterioso mucho más de lo que todos se imaginaban.

Para poder llevar las cosas con método y orden se compró un cuaderno bastante grueso, de tapas oscuras, y en él iba anotando cuidadosamente todo cuanto averiguaba cada día de vigilancia. También se había hecho con un plano de la ciudad y se servía de él para señalar las rutas que cada día recorrían los dos amigos, dibujando cruces rojas en los lugares exactos donde se producían las supuestas desapariciones y otras verdes en los sitios donde él se los volvía a encontrar.

Sus compañeros lo veían anotando cosas en el cuaderno y haciendo cruces y puntos en el plano. Al principio no hacían demasiado caso de todo aquello, convencidos de que Vitín era todavía muy joven y que ésas eran manías propias de la edad. Sin embargo, poquito a poco, comenzaron a sentir cierta curiosidad, especialmente al ver la seriedad que el novato ponía en su trabajo. Se esforzaban por saber lo que había escrito en aquel cuaderno y lo que estaba dibujado en el plano, pero les resultaba imposible: Vitín siempre llevaba consigo ambas cosas y no se apartaba de ellas ni para dormir.

Aquella continua dedicación, aquellas constantes anotaciones en el cuaderno, aquellas señales en el plano de la ciudad no tendrían razón de ser, pensaban los demás policías, si el tal Víctor no supiese algo distinto e interesante sobre las actividades de los dos pintorescos amigos. O sea que, como no podía ser de otro modo, se empezó a correr la voz entre los colegas de que aquel nuevo compañero andaba detrás de una pista importante y segura. Se hablaba, en voz baja, de espionaje internacional, contrabando de joyas, trata de futbolistas extranjeros, robos en bancos suizos utilizando complejísimos

métodos informáticos y sabe Dios cuántas cosas más... ¿Quién se iba a imaginar nada semejante viendo la normal apariencia de Nicomedes y Juan, con ese aspecto de no haber roto un plato en toda su vida? Claro que una de las habilidades mejor utilizadas por cuantos grandes espías, ladrones y estafadores en el mundo han sido, es precisamente ésta: la de parecer ante los ojos de los demás cualquier otra cosa, distinta a la que verdaderamente son, para que nadie pueda desconfiar de ellos... Visto así el asunto, estos dos tipos tenían que ser unos delincuentes extraordinariamente importantes, aunque

no fuese más que por la maestría con la que sabían disimular y ocultar sus verdaderas actividades.

Tras haber llegado a estas, lógicas, conclusiones, muchos de aquellos que al principio se habían tomado a broma las cosas que Vitín hacía, comenzaron a sentir algo parecido a la envidia, preocupados de que un novato consiguiese en poco tiempo desenmarañar el misterio que envolvía algún importante asunto, dejando así en ridículo a los que llevaban ya un montón de años en el oficio. Además, aunque esto no lo decía nadie, todos sabían que la resolución de un caso como éste

convertiría a quien lo consiguiese en un personaje importante y admirado. Aquella posibilidad de recibir honras, galardones y, por qué no, ascensos y mejora del sueldo, hizo que ocho o diez compañeros de Vitín decidiesen, cada uno por su cuenta, descubrir el secreto que Nicomedes y Juan ocultaban en su actividad y lograr así fama y reputación, además del respeto de sus superiores.

Algunos, ésta es la verdad, se cansaron a los dos o tres días de empezar. Aquel trabajo extra los obligaba a dejar la partida de dominó en el café, las retransmisiones de fútbol por la televisión o las buenas meriendas con

los amigos, y abandonaron el asunto, convencidos de que hay cosas más importantes en la vida que correr detrás de honras y reconocimientos que están todavía en el alero. Pero hubo cinco de ellos que sí estaban dispuestos a no dejarse vencer por nada hasta el triunfo final. Triunfo que, en la intención de cada uno, no pensaban compartir con nadie.

Estaba claro que Vitín les llevaba cierta ventaja en las pesquisas y, aunque fuese, como era, un novato sin experiencia en aquella clase de asuntos, sus posibilidades siempre serían mayores, al menos en principio, para

poder concluir felizmente el caso, de manera que nada podía ser mejor — pensaron los cinco, cada uno por su cuenta—, que hacerse con las notas y datos que Vitín ya tenía, y comenzar la competición por lo menos en la misma posición que él.

Cada uno creía que la idea era sólo suya y, como es natural, no quería que nadie supiese nada de sus intenciones, de manera que vigilaban a Vitín sin que él se diese cuenta y, al mismo tiempo, procuraban despistar a cualquiera que pretendiese controlar lo que ellos hacían.

Aquello, como no podía ser menos,

terminó por desembocar en un enorme lío: Nicomedes y Juan vigilados por Vitín, éste controlado por cinco de sus compañeros y cada uno de ellos escondiéndose de los otros cuatro. Podríamos decir que la ciudad empezaba a quedarse pequeña para que en ella cupiesen tanto acecho y disimulo.

A pesar de todo, seguía siendo Vitín el que iba por delante en las pesquisas y quien mejor actuaba para llevar a cabo su labor. Utilizaba todas las tácticas y trucos que había visto en el cine y en la televisión. Gafas oscuras aunque lloviese a cántaros, disfraces varios con barbas y bigotes postizos, pelucas o

calvas artificiales, ropas de lo más extraño... El hombre exprimía su cerebro hasta al límite para no repetir nunca los medios de disimulo y pasar así inadvertido sin mayores problemas.

Tantos ropajes raros, tantos aspectos exóticos diferentes y tantos personajes nunca antes vistos por aquella tranquila ciudad estaban a punto de hacer a Vitín casi tan popular y conocido como lo eran los dos amigos a los que pretendía vigilar. Incluso los niños de algunos barrios estaban pendientes de él para poder jugar a quién de ellos sería el primero en reconocerlo con su nuevo disfraz.

Y, naturalmente, también Nicomedes y Juan acabaron por fijarse en aquel tipo pintoresco y, todo hay que decirlo, por tomarle una cierta simpatía. A ellos, como también les pasa a muchas personas corrientes, siempre les habían caído bien aquellos que, sin hacer daño a nadie, están un poco alejados de los usos establecidos. Nunca se les había ocurrido pensar que lo que aquel hombre hacía era vigilar cada uno de sus pasos, y si aún no se habían atrevido a hablar con él era debido a su naturaleza tímida y a que comprendieron enseguida que no llevaba mucho tiempo viviendo allí. Pero hablaban de él e incluso

hacían inocentes apuestas:

—Te apuesto un café con leche a que hoy viene disfrazado de militar retirado.

—¿Y qué clase de disfraz es ése?

—Hombre, ya se sabe: piel curtida, cabello cano, largo bigote, también blanco, con las guías noblemente alzadas, traje gris y zapatos negros, fino bastón, sombrero oscuro y abrigo azul si el tiempo lo demanda, andares envarados, sin mirar directamente a nadie...

Juan se rascaba la cabeza suavemente, antes de preguntar:

—¿Y qué razones tienes tú para estar tan seguro de que vendrá disfrazado de

ese modo?

—¿Aceptas o no la apuesta? Si te juegas el café, te lo explico todo...

Volvía el otro a meditar un buen rato antes de decidirse.

—De acuerdo, un café con leche... Y ahora dímelo...

—No amiguito, la cosa no vale así. No sería justo... Hay que ser deportivo. Si yo digo que ese hombre vendrá de militar retirado y no de ninguna otra cosa, tengo una sola oportunidad de acertar contra muchas de no hacerlo. Yo pierdo si aparece vestido con otro disfraz cualquiera e incluso si se le ocurre venir sin disfrazarse y tú, como

es fácil comprender, tienes así muchísimas más opciones que yo para ganar. Para que el asunto esté equilibrado, es necesario hacer como se hace en las carreras de caballos... apostar, cuando se sabe que alguno de ellos tiene ventaja, por lo menos, dos a uno. Me explico: si ganas tú yo te pago un café con leche, y si pierdes, entonces tendrás tú que invitarme a mí a un café con leche y, además, a dos magdalenas. Creo que de esta manera la cosa es más correcta. ¿Estás de acuerdo?

Volvía Juan a rascarse la cabeza mientras seguía los razonamientos del otro.

—Supongo que tienes algo de razón... aunque debo confesar que no comprendo muy bien toda esa historia de las carreras de caballos, porque nunca he estado en un hipódromo..., ni tú tampoco... Pero es igual, si yo pierdo, pago café y también magdalenas... Ahora quiero que me digas por qué estás tan seguro del disfraz que se va a poner hoy ese hombre.

—Te lo diré. Hay que ser observador y fijarse bien en todo, ¿cuántas veces me has oído decir esto? Ahora escucha atentamente lo que te voy a explicar, que siempre es bueno aprender cosas nuevas: de acuerdo con

mis averiguaciones, ese hombre se pone un disfraz femenino por cada cuatro masculinos, es decir, viene vestido de mujer una vez y las cuatro siguientes siempre de hombre... Si haces un poco de memoria, recordarás que el martes pasado, cuando la señora Remedios nos avisó de que ya había recibido la postal de Venecia, él había aparecido vestido de mujer madura, todavía de buen ver...

—Cierto...

—Eso quiere decir, por lo menos en teoría, que el miércoles, el jueves, el viernes y el sábado tenía que venir con disfraz masculino... Hoy es sábado...

—Hoy es sábado, sí señor, pero ya

te estás confundiendo en algo...

—Sé por dónde vas y no me pillas. Anteayer, jueves, él no apareció. Supongo que tenía trabajo y no pudo venir... Ya lo he tenido en cuenta... Déjame seguir: el miércoles venía el hombre vestido de alto ejecutivo con traje flojo a la moda, corbata y zapatos italianos, camisa de seda, gafas de diseño, cartera fina de cuero marrón, reloj de oro... (en realidad, era una de esas falsificaciones que venden baratas esos moros que andan con la cajita colgada al cuello y, si quieres que te diga la verdad, creo que tampoco eran auténticos ni la ropa ni los zapatos),

paso decidido y aires de comerse el mundo. Anteayer ya dijimos que no había venido y ayer, como ya viste, llegó el hombre vestido de fraile capuchino. Sabemos, por tanto, que hoy y mañana traerá también un disfraz masculino... ¿Me explico?

—Hasta aquí, creo que sí...

—Muy bien. Ya sabemos algo y es preciso que sigamos el camino de la lógica. Este muchacho es, en mi opinión, un individuo metódico y lo tiene todo perfectamente planificado de antemano para no verse en el apuro, siempre peligroso para esta clase de personas, de tener que improvisar; quiero decir

que estoy convencido de que a estas horas ya tiene previstos todos los disfraces de la semana que viene, por lo menos, y, puesto que se trata de alguien ordenado y que sigue siempre pautas lógicas como mis observaciones me han hecho ver, hoy tendría que vestirse de militar o de campesino.

—¿Por qué?

—Elemental, querido amigo (estaba deseando poder decir esto y creí que no iba a tener ocasión). Si le tocase venir de mujer, la cosa estaba hecha: llegaría vestido de vieja con pañoleta en la cabeza porque, supongo que te acordarás, hace un tiempo, vino un día

de muchacha jovencita dejando que se le viesen bien los libros de COU que llevaba; después de señora joven empujando un carrito donde iba un niño pequeño, que en realidad era un muñeco; después de mujer ya madura con pinta de estar preocupada por los exámenes universitarios de los hijos, y por puro orden cronológico, la próxima vez vendrá vestido de vieja... Igual de lógico es cuando va de hombre. Los cuatro últimos disfraces seguidos que se puso pretendían explicar la evolución de un individuo que anda ahora por los cincuenta años, no sé si te has fijado.

—Si no te explicas mejor, yo no...

—El primer día venía haciendo una imitación, bastante pobre, por cierto, de uno de aquellos *hippies* de hace treinta y tantos años, ya sabes, ropa clara y descuidada, sandalias, pelo largo, barba espesa y flores por todas partes. Al día siguiente apareció vestido de algo semejante a un intelectual de los de después del sesenta y ocho: el pelo algo más corto, la barba mejor recortada y, en la mano y bien visible, un libro escrito en inglés. El tercer disfraz, no sé si caíste en ello, le daba cierto aspecto de individuo dispuesto a arreglar cualquier cosa que funcionase mal en el mundo. Subía calle arriba volviendo la

cabeza hacia todas partes por si alguien lo vigilaba; de los bolsillos de la chaqueta, porque esta vez ya llevaba chaqueta, asomaban algunos papeles a los que se les notaba un cierto aire de panfletos y manifiestos reivindicativos que estaba dispuesto a hacer firmar al primero que se le pusiese por delante, quiero decir que venía vestido de aquello que, hace algún tiempo, llamábamos un progre... El último día de la serie apareció vestido de alto cargo de la Administración.

—¿De qué Administración?

—De cualquier Administración. Eso no importa... Lo que quiero que

entendías es que él siempre sigue un proceso lógico de evolución...

—¿Y quién te dijo que yo no lo entiendo así?

—Entonces, mucho mejor. Esta vez, si no me equivoco, se ha decidido por las antiguas cuatro clases en las que agrupaban a la sociedad los estudiosos de la historia, ya sabes: clérigos, militares, comerciantes y campesinos...

—Ya empiezo a entender... Primero vino vestido de eso que ahora les ha dado por llamar *yuppy*, por lo de los negocios y el dinero: después de fraile, o sea, representando a la Iglesia, y hoy...

—Hoy tendrá que venir, como ya te he dicho antes, vestido de campesino o de militar... El de campesino, siempre puestos en la lógica por la que ese hombre se mueve, sería el de menor categoría y debería quedar para el final de la serie, lo que quiere decir que hoy, como yo sostengo, llegará de militar. No se atreverá, naturalmente, a vestir uniforme porque llamaría demasiado la atención en estos tiempos en los que nadie lo lleva por la calle, y también porque no dejaría de correr ciertos riesgos oficiales. Éstas son las razones por las que digo que hoy vendrá de militar, pero retirado.

—Muy bien razonado todo, sí señor... Tanto que no estoy dispuesto a apostarme nada porque tienes muchas posibilidades de ganar tú y no me parece demasiado inteligente por mi parte jugarme algo estando casi seguro de que voy a perder.

—Eres un tramposo. No puedes hacer eso ahora. Ya te habías comprometido...

—Es que entonces no me habías explicado todavía todo lo que ahora sé.

—Muy bien, ya veo que no tienes formalidad en esta clase de cosas, pero ésta te la guardo... Lo que sí podías hacer es invitarme ahora a un café, por

lo menos.

—Eso sí que estoy dispuesto a hacerlo de buena gana, para que veas. Sobre todo si tenemos en cuenta que eres tú quien lleva el dinero de los dos y pagas siempre.

Se dirigieron, despacio, los dos amigos hacia el antiguo café que había al fondo de la plaza e iban riendo satisfechos. Se sentaron junto a una de las pequeñas mesas con tablero de mármol y, mientras esperaban a que les sirviesen, dijo Juan, poniendo cara seria:

—Estoy pensando ahora en ese buen hombre y, sabiendo que es policía —

porque eso es de cajón—, no entiendo qué es lo que quiere de nosotros ni las razones que le llevan a estar vigilándonos siempre. Además estoy seguro de que aún no se ha enterado de que él también está siendo vigilado por algunos de sus compañeros... Creo que tenemos ya una cierta obligación para con él, sobre todo yo, después de este café que me voy a tomar y que he ganado gracias a sus disfraces, y que, por tanto, deberíamos facilitarle las cosas.

A todo esto llegó el camarero, les sirvió y ellos se dedicaron por entero a sus cafés con leche.

ERA verdad que Vitín, enfrascado en sus pesquisas y preocupado sólo por pasar inadvertido ante los ojos de Juan y Ni, no tenía ni idea de que había otros que deseaban pisarle el terreno y hacerse con todos los méritos de aquella investigación. Armado con un bolígrafo de dos colores y el cuaderno de tapas oscuras visitaba, cuando no tenía a la vista a los dos amigos, los sitios donde sabía que ellos compraban cosas y

acostumbraban a acudir para abastecerse de cuanto necesitaban para su vida normal.

La dueña de la panadería era una mujer pequeña, regordeta, muy inquieta y habladora.

—Aquí compran, desde siempre, el pan y la leche. Son algo exquisitos, no vaya usted a creer. El pan tiene que estar siempre en su punto justo de cocción, y la leche, lo más fresca posible... También les gustan mucho las magdalenas, si son buenas, y las galletas... Llevan, a veces, huevos, pero como almuerzan y cenan fuera de casa, eso es más raro... No señor, nunca han

dejado nada a deber. Son excelentes pagadores... Además son gente de total confianza. Buenos y también educados; nadie le hablará mal de ellos porque sería decir una mentira... La señora Esperanza, que es la mujer de Evaristo, ese señor que tiene el taller de motos ahí abajo, y su hermana son quienes les lavan la ropa y arreglan la casa y nunca han tenido motivo para quejarse de ellos, todo son elogios... Y esas dos, le estoy hablando en confianza, son un poco remilgadas y nada fáciles de conformar... Por eso le digo...

Y Vitín fue a visitar también a la señora Esperanza, habló con la gente de

la fonda donde comían los dos amigos, con el sastre que les vendía la ropa, con muchas personas que vivían cerca de ellos y todos estaban seguros y convencidos de la seriedad y honradez de aquellos hombres.

Pero, como de todos es sabido —o debería serlo—, el esfuerzo y la constancia acaban siempre por dar sus frutos —y si algo no se le puede negar a nuestro amigo Vitín son precisamente esas virtudes—. Una lluviosa mañana encontró la suerte que estaba buscando y fue a dar con alguien que, de algún modo, no pensaba igual que los demás sobre la manera de ser de Juan y Ni.

Se había guarecido de la lluvia en un portal y aprovechaba el tiempo repasando y completando sus notas cuando vio que se abría la puerta del ascensor y de él salía un hombre gordo y de piel brillante que tosió dos o tres veces para hacerse notar. Se dirigió hacia donde Vitín estaba, moviéndose despacio, con los brazos muy separados del cuerpo.

—Está usted en el interior de un portal privado.

—La puerta estaba abierta... y como he salido de casa sin paraguas...

El hombre gordo adelantó un poco su mano derecha, en la que centelleaban

las gruesas piedras de dos enormes anillos, y tosió otra vez antes de seguir:

—Si todos aquellos que no tienen paraguas viniesen a parar a mi portal, quisiera yo saber qué sería de la vida de las personas honradas...

Vitín, que todavía estaba algo atontado por el resplandor que brotaba de la mano del otro, y no le había sentado nada bien aquel modo de hablar, decidió contestar en un tono semejante:

—Escuche, señor... Supongo que no pretenderá insinuar que todos aquellos que andamos hoy sin paraguas no somos personas honradas.

—Yo digo lo que digo, y bien dicho

está. Seguramente ha sido el pasmarote de mi nieto el que se ha dejado la puerta abierta, y tendré que quitarle la llave si esto vuelve a ocurrir. Estos jóvenes no tienen ningún sentido de la responsabilidad... Y usted tampoco parece ser muy viejo... Debe saber que toda esta casa es de mi exclusiva propiedad, aunque le haya prestado el cuarto piso a mi hijo Miluco, que es el padre de mi nieto el pasmarote y que, además, está *disvorciado*...

—Divorciado.

—O sea que también usted...

—No, yo estoy soltero. Lo que pasa es que se dice divorciado, no

disvorciado.

El hombre enrojeció. Sus ojitos oscuros escupían fuego entre la piel brillante del rostro.

—Y tiene la poca vergüenza de venir a insultarme a mi propia casa. ¡Fuera de este portal si no quiere que llame a la policía!

—En primer lugar, yo no he insultado a nadie, y, en segundo lugar, no merece la pena que usted se moleste en llamar a la policía, porque ya la tiene aquí.

Sacó Vitín del bolsillo sus credenciales y se las pasó al otro por delante de las narices para que las viese

bien. La mano de los gruesos anillos comenzó a temblar ligeramente y el hombre tosió cuatro o cinco veces seguidas.

—Le ruego que me perdone... ¿Quién se iba a figurar...? Si viene a por mí por ese asunto del fraude fiscal, quiero que comprenda que todos somos humanos y que cualquiera puede equivocarse... También Secundino Vieiras defrauda muchísimo y no le dicen nada. Y Onofre Serenas, y Simón el de los almacenes...

Goteaba el sudor desde la calva cabeza del gordo y dibujaba húmedos surcos sobre la pulida piel de su frente.

A Vitín le estaban entrando ganas de reírse, pero aguantaba como podía. Por lo visto aquel hombre no tenía ningún reparo en acusar a quien fuera, y de lo que fuera, lo que quería decir que, tal vez, pudiese resultar aprovechable para informarse de novedades referidas a Juan y a Ni.

—No se moleste, señor. Ya le he dicho que he entrado en este portal porque no me quería mojar y nada más. Ahora bien, si pudiese hablar con usted para informarme de ciertos vecinos suyos, se lo agradecería mucho.

Respiró aliviado el otro, incluso esbozó una amplia sonrisa de dentadura

postiza.

—Lo que usted quiera. Aquí estamos para ayudar en lo que sea... Pregunte todo lo que quiera que, si se trata de otros, estoy dispuesto a contarle cualquier cosa...

Estaban allí, de pie en el portal, mientras fuera aumentaba la intensidad de la lluvia. Las preguntas de Vitín sobre los dos amigos animaron al hombre gordito, al que, eso ya había quedado suficientemente claro, no había nada que le apeteciese más que tener oportunidad de hablar mal de quien fuese.

—¿Juan y Nicomedes...? Cómo no

los voy a conocer... Dos buenas piezas, eso es lo que son, aunque la gente piense otra cosa de ellos... La gente, y no hablo de la policía, es tonta, hágame caso cuando se lo digo... Si ha preguntado por ahí, ya sabrá que todos hablan bien de esos dos pasmarotes y que, por el contrario, de mí sólo dicen cosas malas. No se debe creer todo lo que se oye, que lo que hay es mucha envidia, y cuando uno llega, como en mi caso, a situarse sobre los demás (no de todos, naturalmente, y usted ya me entiende) gracias a su inteligencia y vista para los negocios, todo el mundo empieza a decir cosas poco agradables de él que,

algunas veces, ni siquiera son verdad... El caso es que a esos dos holgazanes (porque eso es lo que son, un par de holgazanes que, ya se habrá dado cuenta, no trabajan en nada de provecho), los conozco desde hace ya muchos años y puedo asegurar que no son de fiar... Le voy a contar algo que poca gente sabe, pero quiero que me dé su palabra de autoridad competente de que no se lo dirá a nadie, y mucho menos a aquellos que son competidores míos en los negocios...

Vitín, que continuaba con ganas de reírse pero que se esforzaba para no hacerlo delante del otro, prometió todo

lo que había que prometer para que siguiese con la historia ya comenzada, ahora que, al parecer, estaba empezando a ponerse interesante.

—Muy bien, da gusto hablar entre caballeros. Estoy seguro de que no va a decir nada después de prometérmelo como me lo ha prometido. También yo sé mantener mi palabra. No exagero si le digo que lo he hecho por lo menos dos veces... Pues a lo que estábamos: resulta que esos dos individuos no son tan tontos como parece así a primera vista. No, señor. En realidad son bastante listos para aquello que les conviene. Fabrican unos juguetes

preciosos, ingeniosísimos y confeccionados como jamás haya podido ver usted. Yo lo sé porque nosotros hemos tenido sirviendo en uno de nuestros almacenes a una criada portuguesa, para que limpiase y cosas así... No era mal negocio para mí, no vaya a creer. Con ella no era preciso andar con los líos esos de la Seguridad Social ni de los convenios colectivos, porque no tenía permiso de residencia y trabajaba duro por la cuenta que le traía. Incluso se le pagaba menos que a cualquiera y no podía decir nada por lo de la falta de papeles... Eso lo hace mucha más gente que yo, de sobra lo

sabr  usted. Pues bien, el caso es que esta mujer tenía un hijo pequeño y, según decía, no encontraba con quién dejarlo, por lo que se lo traía con ella todos los días. Lo dejaba fuera del almacén, porque yo no permitía que lo metiese dentro, que ya se sabe cómo son los críos y pueden romper cualquier cosa si los dejas andar enredando por los sitios. Éstos dos, Juan y Ni, como siempre andan de un lado a otro, veían al niño y hablaban con él Dios sabe de qué cosas. Se informaron, porque son bastante curiosos, de la vida y milagros de madre e hijo y anduvieron trajinando hasta que consiguieron arreglarles esos asuntos

legales y encontraron un colegio para que el niño asistiese y un trabajo mejor pagado para ella.

El hombre gordo volvió a toser con fuerza y Vitín, que se estaba hartando de lo mucho que hablaba el otro sin llegar nunca a lo realmente interesante, bostezó sin ningún reparo delante de él para que se diese cuenta de que su paciencia estaba a punto de acabarse.

—Ya veo que está algo cansado y que quizá tiene sueño por causa de ese trabajo suyo que no le deja descansar lo suficiente. Si quiere un consejo, le diré que hay que preocuparse por la salud y no excederse a la hora de cumplir con

ciertas obligaciones...

—No estoy cansado, señor... Pero si me hiciese usted el favor de ir derecho al grano y contarme todo lo que sepa de Juan y Ni, yo se lo agradecería mucho.

—Es que lo del crío tiene bastante que ver en el asunto... Esos dos trabaron amistad con él y pasaban mucho tiempo preguntándole cosas y enseñándole a leer y también a multiplicar. Le regalaban libros llenos de fotografías y dibujos, le compraban ropa y zapatos, jugaban juntos al escondite o a la pelota y hacían cualquier cosa para que el chaval se

divirtiese y estuviese contento... El no tener nada en que ocuparse lleva a la gente a hacer cosas así. También, y escuche atentamente lo que le voy a decir, le fabricaban juguetes, que yo mandaba al niño que me los enseñase, e incluso le quité uno diciéndole que las leyes de este país no permitían que los extranjeros tuviesen aparatos mecánicos propios sin autorización de las autoridades...

—¿Usted ha tenido la poca vergüenza de robarle el juguete a un pobre niño?

El gordo volvió a toser y se puso colorado.

—Si apenas lloró nada... Además no es cierto que se lo robase. Lo que en realidad hice fue comprárselo... Yo pagué por él...

—¿Cuánto?

—Ahora no rae acuerdo... Lo que sí es cierto es que le di dinero.

Vitín había fruncido el ceño y gritaba más al hablar:

—Quiero que me diga cuánto dinero pagó usted por aquel juguete, y sepa que me he de enterar aunque tenga que buscar a ese niño portugués hasta el fin del mundo.

—Ya le he dicho que no me acuerdo bien... Serían diez o doce pesetas, lo

que tenía suelto en el bolsillo...

El policía salió fuera del portal y sentía como el agua de la lluvia corría por su cabeza. La humedad ayudó a que se le enfriase el mal genio y a pensar en la misión que estaba cumpliendo y que debería ser, por el momento, lo más importante para él. Entró otra vez y se colocó, tieso y empapado, frente al otro, que tosía nerviosamente.

—He ido a ver si había dejado de llover, pero todavía no ha parado. Siga usted hablando.

—Sí, señor... Pues iba a decirle que los juguetes que esos dos le daban al crío portugués eran preciosísimos y muy

ingeniosos... Aquel que yo le... o sea, que yo le... compré tenía talmente la hechura del escenario de un teatro, y si apretabas un botón amarillo que había en la base, se cambiaban los decorados, de manera que si aquello representaba, pongamos por caso, la calle llena de tiendas de una gran ciudad, aparecía después el salón principal de un palacio muy lujoso, con lámparas de cristal y alfombras de curiosos dibujos... Dándole después a otro botón, éste rojo, entraban allí unos muñecos diminutos, moviéndose como si fuesen mujeres y hombres de verdad, y decían versos sonoros que se entendían

perfectamente... Y muchas cosas más, porque, incluso donde yo veía eso que le cuento, otra persona, mirando al mismo tiempo, apreciaba algo distinto... No sé, un baile de máscaras en Venecia o un espectáculo de circo con animales y todo... Le digo de verdad que aquello era realmente una maravilla y, lo que aún es más importante, en las tiendas resulta imposible encontrar nada igual... Las recorrí todas, hablamos por teléfono con cuantas fábricas hay, incluso hice que mi sobrina Milucha, que sabe hablar como hablan los extranjeros, llamase a los Estados Unidos y también al Japón, pero nada, nadie había visto jamás una

cosa semejante... Imagínese usted el montón de dinero que se puede ganar fabricando aparatos de éstos, que se podrían vender en cualquier lugar del mundo, y al precio que fuese. Cada vez que pienso en el dinero que ahora podría estar acumulando y que, sin embargo, no tengo, es que me pongo malo...

El gordo se enjugaba el sudor con un enorme pañuelo blanco, a la vez que sufría un nuevo ataque de tos que le hacía bailar la panza.

—Me traje, desde Alemania nada menos, a un ingeniero de mucha fama para que estudiase el juguete que yo tenía y poder así imitarlo y fabricarlo en

serie después... Me he gastado casi medio millón de pesetas porque hubo que pagar los viajes, mantener aquí a aquel hombre, buscar un intérprete, y todo eso para nada. El alemán aquel, rubio, gordo e incansable bebedor de cerveza, se quedó asombrado al ver el teatrillo y gritaba, en su idioma, que aquel invento era más importante que el de la televisión, que era imposible creer que una cosa así podía haber sido hecha por alguien de estas tierras y que aquello tenía todo el aspecto de ser el mejor negocio del siglo. Hacía números, gráficos y cosas raras en un ordenador que se había traído con él y hablaba sin

parar de marcos, dólares, pesetas y Dios sabe de cuántas cosas más. Tanto era así que el pobre traductor no podía seguir su ritmo. Tres días enteros se pasó estudiando el juguete por fuera y tecleando en el ordenador. «¡Esto es como un milagro!», gritaba él y gritaba también, contagiado, el traductor. Yo creo que no entendía nada, aunque hacía lo posible por disimularlo. En una de las ocasiones nos preguntó a todos qué era lo que veíamos en el teatrillo. Se lo dijimos y aquello parecía cosa de locos. Yo estaba viendo allí, tal cual, la Bolsa de Londres, con la gente gritando y moviéndose en un maravilloso comercio

de millones; mi mujer veía un elegantísimo desfile de modelos de esos de ropa cara; el traductor se mondaba de risa siguiendo la actuación de unos payasos que, según él aseguraba, eran verdaderamente geniales, y el alemán, dijo él, presenciaba la representación de una... no sé bien cómo se llama... un teatro de esos en los que todo se dice cantando...

—Una ópera.

—Eso, una ópera que trataba del anillo de no sé qué gentes... Por fin se decidió a desmontar el juguete para descubrir el interior de aquella maravilla de la técnica y, ¿qué cree

usted que pasó?

—¿Qué quiere que le diga? Yo no entiendo mucho de juguetes, ni de ordenadores, ni siquiera de ingenieros alemanes...

—Que aquello no tenía nada dentro. Como se lo digo. Estábamos todos allí en mi despacho: el alemán, mi abogado, mi señora, el traductor, mi hijo más joven, que sigue los pasos de su padre en lo de los negocios, y yo... Saqué el juguete de la caja fuerte, lo coloqué sobre la mesa y lo pusimos en marcha. Funcionaba perfectamente, incluso yo descubrí algo nuevo que antes nunca había visto... Una orquesta completa.

Salían los músicos, se iban sentando en unas sillitas del decorado y comenzaban a afinar sus instrumentos, después venía el director y todos se ponían en pie. Tocaban que daba gloria oírlos... Tomó el ingeniero su herramienta y fue abriendo la cajita muy despacio. Estaba vacía, señor. Todos esperábamos ver allí un montón de circuitos, ruedecitas, conexiones, engranajes y sabe Dios cuántas cosas más... Pero no había nada, se lo puedo jurar si quiere. El alemán lloraba a gritos y se golpeaba la cabeza con el puño cerrado, mi mujer también empezó a llorar y parecía un gato herido, lloró mi hijo, lloré yo,

lloraba el abogado e incluso le caían lágrimas al intérprete, que no tenía nada que ver en el negocio. ¿Qué podría decirle? Aquello era peor que un entierro.

A Vitín, que se estaba imaginando la escena, se le reprodujeron las ganas de reír, y esta vez no hizo ningún esfuerzo por reprimirse. Y sus carcajadas desesperaban al hombre gordo que agitaba los brazos arriba y abajo jadeando con fuerza. Cuando se calmaron un poco los dos, dijo el policía, sin poder todavía expresarse con claridad a causa de la risa:

—Tiene usted que perdonarme,

amigo, pero la verdad es que la historia tiene su gracia...

—Tendrá gracia para usted, que no se gastó el dinero ni se hizo la ilusión de ganar un porrón de millones, pero a nosotros, se lo juro, no nos hizo reír para nada.

—Ya me lo imagino... Ahora siga usted, haga el favor, que todavía no me ha dicho casi nada de Juan y Nicomedes.

—Esos dos tienen la culpa de todo. Por eso le he dicho que no son gente de fiar... La cosa fue que, después de nuestro fracaso, el juguete no volvió a funcionar nunca más. El alemán regresó a su tierra con el rabo entre las piernas;

mi señora necesitó quince días de estancia en una de esas clínicas caras donde, según dicen, lo curan a uno de los nervios; el abogado, que tenía ya reservado uno de esos viajes de lujo alrededor del mundo, tuvo que conformarse con un fin de semana en el pueblo de su mujer y yo, que soy un hombre de negocios, en cuanto logré recuperarme un poco del disgusto, quise hablar con esos dos pillos para no perder del todo aquel asunto. Me los traje a casa, los invité a merendar cosas finas y caras, que se las comieron todas, y después les hice una propuesta: ellos fabricaban cuantos juguetes de aquellos

pudiesen y yo me encargaba de comercializarlos pagándoselos bien. Calculé, de acuerdo con los números que el ingeniero había hecho con el ordenador, que yo podía sacar por cada uno de ellos unas veinte o treinta mil pesetas, de manera que les ofrecí mil pesetas por pieza. Ya sé que no es mucho, pero hay que contar con los gastos de publicidad, transportes y todas esas cosas. Había dicho Ni, antes de hablarles yo de negocios, que algunos días llegaban a hacer cinco o seis de aquellos juguetes, de manera que, siendo así, ellos sacarían seis mil pesetas diarias y yo unas noventa o cien mil, sin

necesidad de moverme de mi butaca. ¡Qué hermoso filón, señor mío! Pues resulta que me dijeron que no. «Aunque nos ofrezca un millón», dijo Juan, «nosotros solamente hacemos juguetes para regalárselos a los niños que no tienen. Esa debe ser la razón por la que nos salen siempre tan bien. ¿Dijo usted que este caviar era del Irán? Pues sí que será, señor, porque está realmente bueno. También este jamón es en verdad delicioso». Y decía esto con la boca llena, que no paraba de darle al diente. «Pues los chorizos tampoco son para despreciar», aseguraba Ni, que tampoco se quedaba atrás comiendo. Era como si

se riesen de mí y yo, si quiere que le diga la verdad, todavía estaba dispuesto a mejorar mi oferta... Pero ellos no quisieron saber nada más. Dieron las gracias muy educadamente por lo que habían merendado y se marcharon sin hacerme ningún caso... Y ahora pregunto yo: ¿Usted cree que pueden ser de confianza dos individuos que se niegan, así por las buenas, a ganar un montón de dinero?

Salió Vitín fuera del portal, sin ocuparse del agua que seguía cayendo y sin contestar a la pregunta del otro, y tomó calle arriba arrimándose a la pared de las casas.

NO podríamos decir aquí, sin faltar a la verdad, que aquel hombre le había caído bien a nuestro policía, pero no es menos cierto que la última pregunta que él había hecho, y que Vitín había dejado sin contestar, ayudaba en bastante medida a aumentar las sospechas sobre la actitud poco lógica de Nicomedes y Juan. Ahora sabíamos que ellos eran capaces de hacer cosas, incluso cosas buenas, y que podían ganar un montón de

dinero con ellas y, a pesar de eso, los dos llevaban la vida que llevaban. Algo extraño tenía que haber allí, pensaba Vitín, y ese pensamiento le daba nuevos ánimos para poder seguir con aquella investigación en la que tenía puestas todas sus ilusiones de futuro.

Después de meditarlo profundamente, mientras caminaba bajo la lluvia, decidió que le convenía seguir con la táctica ya establecida y esperar con paciencia el momento oportuno, que él sabía muy bien que habría de llegar alguna vez, para ver coronado con éxito su trabajo.

Sus compañeros, los cinco que

todavía mantenían la ilusión de aprovecharse en beneficio propio de los esfuerzos de Vitín, tampoco dejaban sus acechos e investigaciones.

Por lo que respecta a Juan y Nicomedes, ya sabemos que habían decidido, generosamente, facilitarle la labor a su perseguidor y así lo hicieron.

Al día siguiente, por la mañana, llegó Vitín vestido como los espías de las películas. Era un disfraz que ya había utilizado otra vez tres semanas atrás, tiempo, había supuesto, más que suficiente para poder repetir sin correr el riesgo de ser descubierto. Estaba arrimado a la pared de una casa y

fingiendo que leía un periódico que, en realidad, le servía para ocultar el rostro detrás de sus hojas. Nicomedes y Juan se le fueron acercando con toda naturalidad.

—Buenos días —dijo Ni.

—Buenos días —dijo Juan.

Vitín, muy sorprendido, no supo muy bien qué hacer y contestó con un hilo de VOZ:

—Buenos días...

Juan se dispuso a llevar el peso de la entrevista, por lo que, después de rascarse un poco la nuca, dijo:

—Disculpe, señor, que nos atrevamos a hablarle así, sin más ni

más... El caso es que creemos que, quizá, está en nuestra mano poder ayudarle, ya que, por lo que se nos alcanza a ver, tiene usted graves problemas de lectura...

—Yo de... No, señor, yo no tengo ningún problema... Sé leer perfectamente, yo diría que puedo hacerlo mejor que mucha gente... No sé por qué...

—Pues aquí mi amigo Nicomedes, que tiene fama de ser un hombre muy observador, me decía hace poco que ésta era la segunda vez en veinte días, más o menos, que usted se pone en este sitio, con la misma ropa y leyendo el

mismo periódico... La verdad es que, si necesita tanto tiempo para saber lo que ahí está escrito, que por cierto es muy poco, parece bastante lógico pensar que tiene algunos problemas de lectura, y ésa es la razón de nuestro ofrecimiento que, por otra parte, estoy en condiciones de asegurar que no es, ni mucho menos, interesado...

Vitín se dio cuenta de que era cierto lo que el hombre corpulento decía. Él, siempre tan bien organizado, guardaba sus disfraces con todo esmero para volvérselos a poner cuando creía que valía la pena, y de éste que ahora llevaba puesto, que era de espía,

investigador privado o algo parecido, conservaba, en su caja correspondiente, toda la ropa, los diversos accesorios (sombrero, bigote, gafas, etcétera) y también el periódico que, naturalmente, era del día en que había dispuesto el disfraz y no había tenido la precaución de reponerlo.

Aquello era, sin duda, una enorme metedura de pata impropia de un profesional con las ambiciones de futuro que él tenía y el afán de mejora que lo movía en el presente caso, así que no es de extrañar que Vitín sintiese vergüenza y que su rostro se pusiese colorado como una cereza. Aun así, la actitud de

aquellos dos hombres era amable y no tenían aspecto de querer reírse de él, y eso le hizo recuperar algo de su valor y confesar:

—Tienen ustedes razón, señores... Pero si traigo un periódico atrasado no se debe a que tenga dificultades de lectura, sino a que, aunque me duela reconocerlo, no soy lo suficientemente listo para tener previsto todo lo que debiera... ¿O sea que ustedes ya saben que yo...?

Ahora habló Ni, manteniendo la carita de santo que mostraba desde el momento de su aproximación al policía.

—Sí, señor. Lo que no conseguimos

saber son las razones de su actitud...

Vitín estuvo a punto de confesarlo todo. De hablarles de sus desconfianzas, de la perplejidad que le producían aquellas repentinas desapariciones, de la importancia que para él tenía aquel servicio personal y no oficial que estaba haciendo... Pero supo vencer al deseo de abrirse en un arrebatado de sinceridad y meditó un poco antes de volver a hablar. Quién sabe si aquellos dos hombres eran mucho más astutos que él y, ganándose su confianza, lograrían convencerlo de una falsa inocencia y librarse así de pagar por sus delitos, si es que los habían cometido.

Lo mejor sería, sin duda, que fuese él quien aprovecharse aquella oportunidad en su beneficio. Buscaría una buena disculpa y para eso necesitaba algo de tiempo. Dispuesto a conseguirlo, dijo:

—Si a ustedes les parece, yo tendría mucho gusto en convidarles a tomar un café, y así podríamos hablar un rato de nuestras cosas...

Nicomedes y Juan aceptaron, como no podía ser menos, de muy buen grado la invitación y, los tres juntos, caminaron hacia el viejo café que había un poco más abajo para sentarse allí, alrededor de una mesa con tablero de

mármol blanco.

Vitín, por el camino, había hecho trabajar su cerebro a toda máquina y, cuando estaban ya servidos y los otros esperaban que él hablase, comenzó diciendo:

—Pues sí, señores míos, debo confesarles que soy policía... Eso me imagino que ya lo sabrán o, al menos, que se lo suponen. Lo que todavía no saben, eso creo yo, es que soy policía en fase de prácticas... Quiero decir que, por el momento, no tengo un puesto fijo, sino que debo superar una serie de pruebas que dejen convencidos a mis superiores de que, efectivamente, soy

merecedor de su confianza antes de pasar a ocupar un cargo definitivo.

—Pues no sabía yo que...

—No es nada raro, señor, porque esto es algo nuevo que se está experimentando con alguna gente como yo a la que se le aprecia una cierta vocación de investigador clásico, o antiguo si lo prefieren, al estilo Sherlock Holmes, ya saben... Y ésta es la razón principal de todos mis disfraces y demás trajines... El hecho de escogerlos a ustedes dos se debe a que —y sé que sabrán disculpar mi osadía— resultan un tanto pintorescos y siempre están paseando por las calles... Les pido

disculpas si he podido molestarlos, y también por tomarlos a ustedes como objetivo de mi trabajo de prácticas...

Vitín estaba ahora más que satisfecho de la ingeniosa explicación que se le había ocurrido para justificarse y volvió a adquirir confianza en sus posibilidades, confianza que se había tambaleado peligrosamente, para qué negarlo, al percatarse de su anterior desliz con el periódico.

Nicomedes y Juan se miraron el uno al otro, sorbieron el último trago de café que quedaba en las tacitas, sonrieron abiertamente y dijo Juan:

—Pues muy bien, señor. Aquí nos

tiene dispuestos a colaborar en su labor y a hacer cuanto esté en nuestras manos para que pase con éxito esa prueba a la que sus superiores le someten, y llegue usted a ser un importante investigador con plaza fija...

Y Ni añadió:

—Y ahora entendemos la razón por la que, además de controlamos también a nosotros dos, hay otros policías de la ciudad que se dedican a vigilarle a usted al tiempo que ellos se vigilan los unos a los otros.

—¿Qué está diciendo?

Volvieron a mirarse los dos amigos y sonrieron de nuevo, ahora menos

abiertamente, y siguió hablando Ni:

—¿No me irá a decir que no sabe que también usted está siendo vigilado?

—Yo..., o sea..., quiero decir que estas cosas oficiales, ustedes lo comprenderán, tienen un cierto secreto lógico... No se puede ir avisando... En realidad lo que ellos quieren es... Digo que eso que usted me comenta es cierto, ellos andan detrás de mí para comprobar que sé hacer las cosas con la debida habilidad, y... ¿cuántos son?

—¿Cuántos son quiénes?

—Los que me vigilan a mí...

Juan cogió con su mano derecha el dedo meñique de su otra mano, después

el dedo mediano, después el grande, y todo con un amplio gesto de sus grandes brazos, mientras iba contando despacio.

—Cinco o seis. La verdad es que no me he fijado mucho en eso... Pero no lo vigilan a usted sólo, también nos controlan a nosotros dos... Y si quiere saber quiénes son, lo podemos averiguar ahora mismo.

—¿Cómo?

—Seguramente están esperando ahí fuera, cada uno escondido por su cuenta... Si le parece, y después de pagarle usted los cafés al camarero tal y como había prometido, salimos de aquí los tres juntos y, al llegar a la calle,

tomamos caminos distintos. Ni se irá por la izquierda, usted por la derecha y yo cruzaré la calle. Unos minutos después nos volvemos a juntar otra vez a la puerta de este café. Ya verá como esto da resultado.

Así lo hicieron, y aquel extraño comportamiento desconcertó a los perseguidores. No daban crédito a sus ojos cuando vieron que Juan y Ni tomaban distintas direcciones, acostumbrados como estaban a no verlos nunca separados el uno del otro. Como es natural estuvieron algo despistados en sus reacciones, sin saber muy bien lo que debían hacer. Eso motivó que se

descubriesen unos a otros a la vez que eran descubiertos por los perseguidos. Resultaba cómico observar a todos aquellos hombres silbando con disimulo con la cara hacia el cielo y saludándose, después, como si hiciese más de cien años que no se veían.

—Hombre, Reboledas, qué casualidad tú por este barrio...

—Pues ya ves, tengo una cuñada que vive ahí detrás, cerca de la Plaza de la Leña, y había pensado acercarme hasta su casa porque creo que no anda muy bien de salud estos días... Y tú, Sánchez, tampoco andas por los sitios de costumbre. ¿Has venido aquí con

Silverio?

—No, no. Nos hemos encontrado hace un momento, ¿verdad?

Y Silverio intentaba justificarse también:

—Sí... Yo andaba por aquí porque he visto un anuncio en el periódico de unos pisos que van a construir y, ya ves lo que son las cosas, me he tropezado con Sánchez, ahora contigo, y ahí tenemos a Fermín y también a Martínez...

Ya estaban los cinco juntos y hablaban todos a la vez, y cada uno de un tema diferente, cuando apareció, de repente, Vitín, al que todos saludaron

como si aquel encuentro resultase una gran novedad. Juan y Ni, que se habían quedado ligeramente alejados de ellos, aprovecharon, vista la situación, para marcharse juntos, riendo y dejando allí a los seis policías que se daban unos a otros disculpas y explicaciones raras.

DESPUÉS de aquel día, como es natural, el juego del escondite que suponían las distintas persecuciones entre unos y otros cambió en bastante medida. Los que iban detrás de Vitín, descubiertas ya sus intenciones y sin contar con el novato para nada, habían acordado hacer algo semejante a un frente común y repartirse el trabajo para no tener que estar siempre los cinco sacrificando sus horas de ocio y sus

relaciones con la familia y amigos. Así uno o dos de ellos, por riguroso turno, se encargaban de realizar la labor de cada día, informando posteriormente a los demás de los progresos, si es que los había, de la investigación.

También habían decidido repartirse los beneficios que la resolución del caso les pudiera proporcionar, e incluso conceder algo al tal Vítín, por ser él el de la iniciativa. No había quedado muy claro el modo de distribución de honras, ascensos y reconocimientos sociales, pero sí el del dinero con el que sería gratificado el servicio: se harían once partes iguales, de las cuales una sería

para Víctor y dos para cada uno de los otros cinco. Es verdad que el sistema no parecía ser muy equitativo pero, por acuerdo previo de los cinco compañeros, tampoco era definitivo, puesto que habían decidido dejarlo sujeto a revisión (por si fuese preciso disponer de la parte que le correspondía a Vitín, con el que no se consultaba nada).

Lo peor era que no se apreciaban los progresos esperados, que pasaban los días, e incluso las semanas, y todo seguía igual.

—Habría que hacerse con el cuaderno de tapas oscuras que Víctor

guarda con tanto celo y en el que va apuntando cosas... Él, hay que reconocerlo, nos lleva una cierta ventaja. Consiguió trabar amistad con esos dos tipos y ya veis que anda muchas veces con ellos. Además a mí no hay quien me quite de la cabeza que ya conoce nuestras intenciones desde el día aquel en que acabamos descubriéndonos unos a otros...

—Pero amigo Silverio, ¿cómo vamos a hacernos con ese cuaderno? ¿Cogiéndolo sin su permiso? ¿Dónde has visto tú que sean los policías quienes se dediquen a andar robando cosas por ahí? Pues sí que marcharían

bien las cosas si nos diese por interferir a unos en los oficios de otros...

Se quedó algo confuso el tal Silverio debido al lógico razonamiento de su compañero Reboredas.

—Tienes toda la razón, no sé cómo se me ha podido ocurrir semejante bobada. A lo mejor si se lo pedimos educadamente...

Fermín, que era algo mayor que los otros cuatro y también más comedido en sus reacciones, quiso intervenir para intentar que las cosas permaneciesen en el lugar que, según él, deberían estar.

—Queridos compañeros... — comenzó, levantando la mano derecha a

la altura del pecho en un gesto muy propio de él y algo temido por quienes lo conocían y sabían de sus costumbres.

Quizá, y para que se entienda ese miedo a escucharlo, cabría señalar ahora que este hombre era un poco retórico en su manera de expresarse y bastante extenso en las exposiciones orales a las que era, ciertamente, muy aficionado.

—Y deseo —continuó— que lo de «queridos compañeros» quede bien claro en vuestros oídos, ya que las dos palabras que conforman esta expresión, tantas veces mal utilizada, no lo niego, son, en el caso que nos concierne,

enteramente ciertas y responden, puestas en mi boca, a su más prístino significado. Aunque, según mis indagaciones etimológicas, «compañero» significaría «aquel que come del mismo pan», y este sentido estricto solamente se podría dar en el caso particular de Silverio que, como bien sabéis todos, es un glotón considerable y cuando coincidimos en alguna comida, oficial o no, acaba enseguida con el pan que a él le ponen y coge siempre del que a mí me queda... Pero, volviendo a lo que estábamos, a todos se nos alcanza que al uso que se hace de esta palabra acabó por dársele

un sentido más amplio e incluso más íntimo, que es el que yo quiero destacar ahora... Dejad, pues, que repita, con mi más afinada garganta: queridos compañeros...

Guardó silencio Fermín y todos los ojos estaban puestos en los suyos. Se prolongaba el silencio y la expectación aumentaba. El hombre carraspeó suavemente y, por fin, dijo:

—Es que ya no sé de qué estábamos hablando...

Hubo risas, bromas e incluso alguna hiriente indirecta por parte de Silverio, algo mosqueado por la referencia a su comportamiento en la mesa, hasta que

Reboredas, procurando templar la situación, habló, imponiéndose a los demás:

—Te recordaremos el tema del que estábamos hablando si prometes formalmente decir lo que tengas que decir sin enrollarte demasiado...

Fermín había levantado la barbilla en un ademán de dignidad ofendida.

—Ahora no me importa lo que tú puedas decirme, porque me acuerdo perfectamente de qué iba la cosa. Y si pensáis que me enrolló cuando lo que pretendo es hablar con propiedad y, de paso, mejorar vuestra cultura, entonces lo mejor que puedo hacer es callarme...

Aun teniendo, como tengo, una estupenda idea...

Aquello de la estupenda idea hizo que se templasen los ánimos, un poco alterados, de los otros cuatro y que se deshiciesen en disculpas y buenas palabras hasta convencer a Fermín, por la cuenta que les traía, de que siguiese hablando, cosa que, por otra parte y conociendo al sujeto, no le resultaba especialmente difícil.

—Muy bien, accedo a vuestras demandas gracias a mi benevolencia natural y por el sentido de compañerismo al que hacía referencia hace un momento... Por cierto que no sé

si os he dicho que compañero, etimológicamente, quiere decir...

—¡El que come del mismo pan...!

Y fue un solo grito, aunque había surgido de cuatro gargantas diferentes.

—Sí señor, justamente eso. Como veo que atendéis a lo que se os dice, aunque sea de mala gana, os voy a explicar la idea que se me ha ocurrido referida al caso que tan ocupados nos tiene de un tiempo a esta parte. Hay que empezar analizando en profundidad lo que sabemos del asunto, y para eso pregunto yo: ¿Qué es lo que sabemos? Callad todos porque voy a ser yo también quien responda: ¡Nada!

Dejó Fermín de hablar un instante, cosa muy rara en él, y nadie se atrevió a romper el silencio.

—Nada, como quien dice —siguió—. Sabemos que un colega nuestro, que encima es novato, está vigilando a dos vecinos de esta ciudad, convencido de que ocultan algo poco claro en su proceder. Sabemos también, por lo menos nosotros cuatro, que este colega debe tener algo de razón en sus recelos, aunque, paradójicamente, nosotros llevamos mucho más tiempo conviviendo con esos dos ciudadanos y nunca se nos había ocurrido desconfiar de ellos. Asimismo podríamos pensar, y

eso es lo que hacemos, que las intrigas de Nicomedes Lourido Cantarelo, natural y vecino de esta ciudad, de 39 años de edad e hijo de Amador y Felisa, y las de Juan Rede Millás, de igual edad y naturaleza, hijo de Ramiro e Isolina (como podéis ver, estuve revisando sus fichas policiales), llegarían a remontarse a ambientes delictivos de una importancia jamás imaginada por nosotros. Sabemos muy bien que se habla de espionajes internacionales, blanqueo de dinero de muy dudosa procedencia y a muy complejos niveles, venta de centrocampistas y carrileros procedentes de equipos de fútbol de los

que nadie ha oído hablar todavía e, incluso (esto, por su enorme alcance social, es algo que no se puede decir a nadie y debe quedar entre nosotros como si fuésemos todos mudos y sordos), de su importantísima participación en alguna organización de ayuda a chicos y chicas para los exámenes de la tercera evaluación en algunos colegios de distintos países, lo que hace que, en vez de aprobar solamente aquellos que siempre aprueban, baje considerablemente eso que llaman fracaso escolar y haya mucha más gente contenta cuando se acaba el curso... Y muchos menos padres que puedan pasear

su orgullo delante de otros padres y madres, con intención de humillarlos porque están convencidos de que los triunfos de los chicos son siempre debidos a la capacidad de sus padres y no a los méritos o los esfuerzos de los hijos. Esto, y tal vez alguna otra cosa más, es lo que se puede oír por ahí en lo que concierne a la vida oculta de esos dos, pero, con absoluta certeza, ¿qué es lo que sabemos realmente? *Rien de rien*, que dicen los franceses.

Reboredas, que hacía todo lo que podía por atender a cuanto el otro decía, estaba un tanto confuso.

—¡Caramba! No sabía yo que hasta

en Francia también estuviesen ocupados en el asunto este de Juan y Ni...

Fermín, no sin cierto orgullo, sonrió antes de seguir:

—No quisiera decir tanto, aunque nada puedo asegurar con certeza. Amigo Reboredas, deberías saber que cuando los franceses dicen *rien de rien*, o también *rien du tout*, que ellos son gente muy mirada en lo que a su lengua concierne, es como si nosotros dijésemos «nada de nada». Comprended que lo que yo pretendía era dejar claro, aunque es cierto que con algún adorno cultural, que de este asunto no hay nada que sepamos con seguridad, todo son

habladurías y chismorreos que escuchamos en un sitio o en otro. Y esto nos lleva derechos a otra importantísima pregunta...

—Que también tendrá respuesta en francés, como si lo viese —apuntó Sánchez, que no era muy aficionado a los idiomas.

Fermín puso cara de maestro disculpador de ignorancias y señaló con el dedo hacia su compañero.

—No te lo puedo decir, amigo, porque sólo hay una persona que pueda responder a esa pregunta, y esa persona no soy yo, ni tampoco tú... Esa persona no es otra que nuestro colega Víctor, y

no sé el idioma que él utilizará para contestar a esa clase de cosas. La pregunta, meditemos todos sobre ella, es: ¿Qué es lo que él sabe de este caso y nosotros no sabemos todavía? ¡Ah, queridos compañeros! *That is the question...*

Golpeó Sánchez con la mano abierta sobre la mesa antes de gritar:

—¡Qué os decía! Otra vez con el dichoso francés.

Martínez levantó el brazo para hacer callar las risas que se habían producido y los demás obedecieron de buena gana, aunque no fuera más que por escuchar lo que tenía que decir el más prudente y

callado de todos ellos.

—Amigo Sánchez, perdona que te corrija, pero la frase con que Fermín ha acabado su intervención no está dicha en francés, sino en inglés... Y no tengo nada más que añadir, de momento.

Sánchez se puso colorado, pero fue capaz de sobrellevar su vergüenza con cierta dignidad.

—Disculpad mi ignorancia y, ya que sois todos tan listos, dadme, por favor, una respuesta comprensible a la pregunta que Fermín nos ha hecho. Y si eso no es posible, convencedlo para que hable menos y podamos saber de una vez en qué consiste esa magnífica idea

que, ya hace un montón de tiempo, ha dicho que tenía.

Les pareció, a casi todos, muy sensato aquel razonamiento y aumentaron las presiones sobre Fermín para que fuese directo al grano.

—Muy bien, os diré, entonces, lo que en mi opinión debemos hacer... Aunque, recordando las palabras en inglés a las que antes he hecho alusión, tengo yo una interesante teoría para justificar la naturaleza dubitativa del señor Hamlet que tal vez os interese escuchar, puesto que parte de un sentimiento de culpabilidad que también se puede dar en cierto tipo de

delincuentes...

Las sonoras protestas que escuchó le hicieron comprender que los otros no tenían ningún interés en el tema, de manera que regresó, dócil, al rebaño del que había vuelto a escaparse.

—Calmaos, por favor. Cuando encontremos una oportunidad mejor, aprovecharé para... Ahora vamos a nuestro caso. Nosotros no sabemos prácticamente nada sobre el asunto que nos ocupa, ¿verdad?

Acuerdo unánime.

—Tampoco sabemos nada de lo que Víctor sabe... Ni le podemos preguntar a él, ya que no querría decírnoslo y, por

el contrario, descubriría las intenciones que nosotros abrigamos, lo cual, creo yo, no nos conviene demasiado, ¿verdad?

Nuevo acuerdo.

—Muy bien, veamos, pues, las posibilidades que a nosotros nos quedan. Primera posibilidad: lo abandonamos todo y dejamos el caso en manos de nuestro compañero el novato...

Protestas de desacuerdo.

—Entendido. Segunda posibilidad: seguimos como hasta ahora, marchando tras él y sin tomar nosotros la iniciativa...

Más muestras de desacuerdo.

—Entonces habrá que cambiar de actitud, y por esta vía circula mi propuesta. Veamos: nosotros sabemos que vamos detrás de Vitín en lo que respecta a la resolución de este caso pero, y ahora pregunto, ¿quién más lo sabe? Aquí respondo yo también: Nadie. Pues muy bien, he aquí nuestra ventaja. ¿Por qué no hacemos creer, en especial a nuestros superiores, que hemos sido nosotros los primeros en desconfiar de esos dos y también los que, antes que nadie, los hemos sometido a vigilancia para descubrir sus actividades delictivas? Con una cierta interferencia,

eso sí, del novato Vitín, que no ha hecho más que seguir nuestras huellas... Sé muy bien que esto no es del todo cierto, pero les *affaires sont les affaires*...

Y MIENTRAS estas, y tal vez otras, conspiraciones se daban en su contra, Juan y Nicomedes seguían con su vida habitual, aun a sabiendas de la persecución a la que estaban siendo sometidos. También es cierto que Vitín, convencido de la inutilidad de sus disfraces y disimulos, no tenía ya ningún reparo en ser visto por los dos amigos y, además, no eran pocas las veces en que se acercaba a ellos y daban un paseo o

tomaban un café los tres juntos aprovechando para reírse un poco de aquellos de sus perseguidores a los que aquel día les tocaba vigilancia.

Fueron, poco a poco, tomando confianza y conociéndose mejor, lo que dio a Vitín la oportunidad de comprobar que aquellos dos curiosos individuos no eran, así a primera vista, nada maliciosos y contaban sin reparo lo que hiciese falta para contestar a las preguntas que se les hacían, y que eso era algo que también obligaba a comportarse honradamente con ellos. Por eso cuando un día, mientras tomaban café, Ni, poniendo cara de momento

transcendental, dijo:

—Amigo Vitín, ahora que ya nos tuteamos y que, diría yo, ha nacido entre nosotros una nueva amistad, ¿puedo hacerte una pregunta un tanto incómoda?

El policía no dudó en responder:

—Pregunta lo que quieras, querido Ni, que estoy dispuesto a no disimular nada ni a decir mentiras, aunque sólo sea por tomar ejemplo de vuestro comportamiento conmigo.

—Te lo agradezco mucho... Mejor dicho, los dos te lo agradecemos mucho, ya lo sabes. He aquí la pregunta, precedida de una pequeña observación. Si quieres que te diga la verdad,

nosotros nunca creímos que hablastes en serio cuando dijiste que nos estabas vigilando por eso de las prácticas policiales, y, si no nos equivocamos en eso, que yo creo que no, ¿cuál es, entonces, la verdadera razón que tienes para perseguirnos?

No consiguió Vitín evitar sonrojarse, a pesar de que le daba apuro su involuntaria vergüenza por temor a que los otros desconfiasen de sus buenas intenciones. Se decidió y les confesó toda la verdad desde el momento mismo de su llegada a la ciudad: la curiosidad que ellos le habían provocado; las, hasta cierto punto lógicas, desconfianzas que

se habían despertado en él; las ambiciones de progreso que le habían movido; las pesquisas que había llevado a cabo y las conversaciones que había tenido con diferentes personas y, en especial, con el hombre aquel que le había contado lo de los juguetes... Les habló también de las cosas que él se había imaginado y de lo que otros decían, de cómo la bola de nieve de la maledicencia había ido creciendo hasta llegar a implicarlos en delitos internacionales y cosas de ésas.

No se calló nada Vitín y eso le hizo sentirse satisfecho y contento después de su confesión, aunque no comprendiese

muy bien por qué los otros dos se mondaban de risa.

—No creo que la cosa tenga tanta gracia... Quisiera que hicieseis lo posible por perdonarme y olvidar la mucha culpa que yo tengo en todo este lío, pero debéis comprender que no os he hecho mucho bien, incluso diría que este lío puede resultar peligroso para vosotros aunque seáis totalmente inocentes... ¿A qué viene esta risa?

Juan movía su corpachón al ritmo que le obligaban las carcajadas y tenía dificultades para contestar:

—Hombre, ya lo creo... Ya me dirás si no hay razón suficiente para sentirse

feliz descubriendo así, de repente, esta fama nuestra y encima una internacionalidad que de buena gana querrían para sí muchos conocidos jugadores de fútbol...

—Ahora comienzo a comprender algunas cosas que me habían llamado la atención en estos últimos tiempos, y también por qué andan todos esos detrás de nosotros... —dijo Ni, enjugándose las lágrimas con que la risa había inundado sus ojos—. Amigo Vitín, está visto que hay gente que pretende aprovecharse de tu esfuerzo.

El policía, que ya estaba también a punto de reírse contagiado por los otros,

cambió de actitud para preguntar:

—¿Qué quieres decir?

Nicomedes y Juan cesaron en sus risas, se sonaron a dúo la nariz con grandes pañuelos de rayas, se esforzaron por aparecer serios y Ni prosiguió, con su voz de bajo:

—El caso, querido amigo, es de lo más comprensible. Veamos: tú te dedicas a vigilarnos porque quieres descubrir esos teóricos enormes e internacionales delitos que crees que estamos cometiendo. Como es lógico, por lo menos al inicio de las indagaciones, hiciste algún comentario sobre el tema ante tus compañeros y

éstos, al principio, no te hicieron mucho caso. Dime si me equivoco.

—No, eso que dices es cierto, más o menos...

—Muy bien, pero el caso es que, viendo tu insistencia, ha habido quien ha llegado a creerse que tal vez tú tenías algo de razón y ha querido participar, en la mayor medida posible, del éxito al que fueras a llevar la investigación, y ha pensado que para ello bastaba con tenerte controlado a ti y adelantársete justo en el momento oportuno. Debes comprender que ésta es una ciudad pequeña donde las cosas que pasan no son importantes y las posibilidades de

alcanzar honores y reconocimientos son más bien escasas. Hasta ahora todo marchaba con normalidad y tus compañeros hacían su trabajo, del que no había razón para quejarse, dentro de las costumbres normales del lugar, pero tú has empezado a avivarles, por lo menos a algunos de ellos, las ambiciones e incluso los deseos de aventura que ya casi tenían olvidados...

—Pero eso no es justo. Yo he sacrificado mis horas de ocio, mi dinero e incluso mi fama por algo que consideraba importante, y ellos no tienen derecho a aprovecharse así de mí...

Estaba claro que el desconsuelo de Vitín era sincero y eso ablandó, todavía más, los sentimientos de los dos amigos, que ya hacía tiempo estaban dispuestos a ayudarlo en lo que fuese. Puso Ni su mano menuda en el hombro del policía y sentenció muy serio:

—Así es como somos los hombres, compañero... Tú todavía eres joven y hay cosas que no comprendes. Algo parecido a lo que ahora te pasa a ti, me ocurrió a mí hace tiempo. Y también a Juan. El caso es que tomamos la decisión de llevarlo por las buenas... y mal que bien, en eso estamos.

—También es verdad que yo soy

egoísta y esto me puede servir de escarmiento... Pero lo peor no ha llegado todavía... Ya veréis, ahora, cuando se sepa que todo cuanto yo estaba elucubrando sobre vuestras actividades no eran más que tonterías mías, voy a convertirme en el hazmerreír de todo el mundo, y ellos harán lo posible por ponerme en ridículo dondequiera que esté, sobre todo los que nos vigilan, que también se habrán sentido burlados y querrán cobrarse conmigo su vergüenza... No sé qué hacer.

—Pues habrá que echarte una mano, para eso están los amigos. Vamos a

darnos un paseo por la orilla del río, que nosotros hemos podido comprobar que cierto grado de humedad ayuda a mejorar nuestras ideas.

Y salieron del café para marchar los tres, caminando despacio, hacia el paseo de la vega y por allí anduvieron, arriba y abajo, controlados todo el tiempo por Silverio y por Sánchez, a quienes había tocado la guardia de aquella tarde.

Los dos acechadores los veían hablar e incluso, a veces, reírse entre ellos, pero, como no se atrevían a acercarse mucho por temor a que los descubriesen —los pobres aún no se habían enterado de lo muy vistos que ya

estaban—, no podían oír ni una sola palabra de lo que ellos decían.

Como nosotros no tenemos ese problema podemos saber que estaban tramando un plan para liberar a Vitín, si no de la presente vergüenza, sí de las futuras burlas. Era Ni, como casi siempre, el que llevaba la voz cantante:

—Estoy seguro de que, de alguna manera, ellos intentarán saber cuánto avanzas en las pesquisas, y no dejarán de mirar aquellos de tus papeles que queden más a la vista...

—No creo que puedan enterarse de nada porque yo lo apunto todo en este cuaderno, que viene siempre conmigo, y

en este plano de la ciudad, que tampoco dejo nunca a la vista...

—Muy bien. A partir de mañana tendrás que cambiar un poco de actitud y dejar, al menos por una vez, olvidado el plano sobre tu mesa de trabajo, para que ellos tengan ocasión de echarle un vistazo cuando no estés delante...

—No sé para qué... No hay en él nada más que rayas y cruces de distintos colores...

—Mejor así. El día que nos interese, y que, si nos ponemos de acuerdo, será el próximo jueves, aparecerá algo escrito en ese plano que sí que podrán entender. Ése será nuestro cebo... Ahora

hablemos del lugar más apropiado para llevar adelante el plan. En mi opinión la plaza vieja, que ahora llaman de As Caladiñas, es un buen sitio si, como ya he querido indicar antes, lo organizamos para el viernes. Ese día hay mercado y allí llegan, por la mañana temprano, muchas personas que vienen de fuera a vender sus productos, se compran y venden infinidad de cosas por gentes de toda clase... Nosotros tenemos bastantes amigos entre ellos y no habrá problema para dar con alguien que nos quiera ayudar.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Juan—. Ése es un buen sitio y tenemos

el tiempo suficiente para avisar a quien queramos. Estaremos los tres allí, tempranito, para que todos los demás nos vean, pero no iremos juntos. Tú, Vitín, harás como si nos estuvieses vigilando y te quedarás medio escondido detrás de alguna esquina. Que tus compañeros sepan que estás y crean que nosotros no sabemos nada.

En el momento oportuno nosotros desaparecemos y ya sólo nos quedará esperar los resultados de la trama.

El pobre Víctor estaba ya bastante asombrado, giraba su cara arriba a la izquierda y abajo a la derecha, para poder mirar a Juan y a Ni e intentar

comprender algo de lo que éstos decían.

—Yo no entiendo nada...

—Ahora te lo explicamos, no te apures.

—Además, decís que vamos a desaparecer en el momento oportuno y, ahora que lo pienso, muchas veces, cuando os estaba vigilando, hacíais eso... Os veía delante de mí, como mucho a treinta o cuarenta metros y, cuando más confiado me sentía, ¡zas!, ya no estabais. ¿Cómo puede hacerse algo semejante y no ser un poco brujo? Quiero que me aclaréis esto antes de seguir adelante con ese plan del que, por cierto, tampoco entiendo nada...

Los dos amigos reían ruidosamente, sin cortarse lo más mínimo a pesar de que sabían que todo el mundo los miraba divertido. Sánchez daba codazos en las costillas de Silverio, diciendo:

—¿Los has visto? Qué bien se lo pasan. Y tú y yo aquí, a verlas venir... Sólo falta que se estén riendo de nosotros...

—¡Cierra el pico, que te va a oír alguien! Serán cosas tuyas... Tú deja que se diviertan. Nosotros a lo nuestro, que ya veremos quién ríe mejor cuando les echemos el guante...

A Vitín tampoco le hacía mucha gracia la alegría que los otros dos

demostraban y empezaban a coloreársele las mejillas. Juan apoyó la enorme mano sobre su hombro y le habló cariñosamente:

—No nos reímos de ti, amigo, puedes creerme. Lo que pasa es que este juego de las desapariciones no deja de tener cierta comicidad, como bien podrás comprender. No hay truco mágico ni misterios raros, la cosa es mucho más fácil de lo que parece. Explícaselo tú, Nicomedes, que lo sabes hacer mejor que yo...

—Es muy sencillo, pero se necesita un adiestramiento que tú todavía no tienes, y por eso, el viernes, cuando sea

el momento de llevarlo a cabo, y si fuese preciso, que tal vez no necesitemos de ello, nosotros estaremos a tu lado y te ayudaremos... Juan y yo comenzamos a practicar este juego para matar el tiempo y, de paso, dar que hablar a alguna gente. Escucha bien lo que te voy a decir y después procura practicar en cualquier ocasión que se te presente, no para esconderte de nadie, de momento, sino para irle cogiendo el tranquillo a la cosa.

«Lo que no se puede hacer, y tú lo sabes muy bien, es desaparecer tragado por la tierra o pasar a través de las paredes... Te digo esto para que

entiendas que la única manera de que parezca que has desaparecido es escapándote en el instante justo en el que aquel de quien quieres huir está descuidado... Pero sin que él tenga conciencia de que lo está. Vamos a ver si me explico mejor poniendo un ejemplo: si tú me estás vigilando y aparece, pongamos por caso, en el balcón alto de cualquier casa de la calle una señora gritando para que alguien llame a los bomberos, porque su hijo pequeño ha cerrado por dentro la puerta que lleva al interior y ella no puede entrar si no es rompiendo los cristales, o algo semejante, tu reacción,

naturalmente, será la de atender a la mujer y buscar ayuda. Si, después de haber resuelto el problema, ves que yo ya no estoy donde antes estaba, no encontrarás nada raro en eso porque sabes que he debido de marcharme mientras tú dedicabas toda tu atención a la señora que había gritado. O sea, tú tendrás conciencia de que has descuidado mi vigilancia y, por lo tanto, mi desaparición no tendrá nada de anormal. ¿Me explico?».

—Sí. De momento te entiendo perfectamente.

—Muy bien. Entonces estamos de acuerdo en que, para que mi

desaparición parezca misteriosa, yo tendría que perderme precisamente cuando tú estuvieses atento a lo que yo hago, ¿verdad?

—Verdad, y era así cuando vosotros...

Ya no aguantaba Juan tanto tiempo sin hablar y pasó a intervenir en la explicación de su compañero:

—Ahora es cuando se entra en el meollo de la cuestión...

—¡Cállate y deja que Víctor pueda atender! Ahora, amigo mío, piensa un poco conmigo y comprenderás que, al margen de las circunstancias en las que, como en el caso del que antes he

hablado, la distracción de lo que nos está ocupando es normal y uno llega a darse cuenta de ella, hay muchísimas otras formas de descuidarse de las que no nos enteramos. Ahora, por ejemplo, nosotros vamos caminando juntos por la acera y esos dos compañeros tuyos nos están vigilando. No están, naturalmente, dispuestos a quitarnos ojo de encima, pero eso, por mucho esfuerzo que hagan, es totalmente imposible, aunque ellos no lo crean así... Hay muchas cosas que están pasando y que son del todo normales, por lo que apenas las apreciamos. Cosas que ocupan, sólo por unos instantes, nuestra atención. Puede

ser el paso por la calzada de un automóvil muy espectacular, o quizá los lloros de un niño que le pide a su madre que le compre una golosina, o el juego de luces del escaparate de una tienda, la explosión seca de un tubo de escape, la mujer que pasa luciendo un peinado especialmente pintoresco, la gente que baja con prisas del autobús urbano que tiene su parada cerca de donde estamos, el motorista que no respeta el semáforo en rojo, la pareja de turistas que preguntan al viejo jubilado por dónde se va al museo, las llamativas portadas de las revistas que se exponen en las paredes del quiosco o incluso el

grito de un muchacho que pide a sus compañeros que le esperen...

—Pero yo no creo que eso...

—¡Has visto! ¡Ahí es donde está el meollo de la cuestión! Pues has de saber, amiguito, que, mientras hablaba, he estado muy atento a tus reacciones y no he hecho más que citar aquellos detalles que han atraído, involuntariamente, tu atención durante este tiempo. Tú has seguido con la vista al Mercedes blanco que bajaba por la calzada, te has fijado en las luces que iluminaban el escaparate de la tienda de discos, te has esforzado por escuchar algo de lo que dos japoneses hablaban

con el señor Alfonso, te has vuelto al paso de una chica que llevaba los cabellos teñidos de dos colores diferentes... Lo que pasa es que lo has hecho todo sin tener demasiada conciencia de ello porque, al mismo tiempo, atendías a cuanto yo te estaba diciendo. Piénsalo despacio y verás si tengo o no razón.

Vitín movía la cabeza hacia adelante y hacia atrás mientras iba repasando en la memoria todo lo que le había apuntado Ni.

—Sí, señor. Así ha sido, más o menos. Nunca me había dado a mí por fijarme en esos detalles...

El pobre Juan se moría por intervenir:

—Muy bien, Nicomedes, tú ya has hablado bastante. Ahora deja que sea yo quien acabe de explicarle el truco... Lo primero que hay que aprender es a conocer bien todos los momentos de distracción posibles y procurar tenerlos previstos un poco antes de que se produzcan. Para eso hace falta mucha práctica y adiestramiento, pero no es demasiado difícil. Hay que llegar a dominar las reacciones propias de manera que si, por ejemplo, se oye de repente el ruido de un vidrio al hacerse añicos, la reacción normal será la de

intentar saber lo que ha pasado y atender al lugar de donde llega el sonido, ¿verdad?

—Hombre, es lógico.

—Pues muy bien, hay que acostumbrarse a reaccionar de diferente manera ante esta clase de estímulos: saltar hacia el interior de un portal, mirar al lado contrario, comprobar la hora en nuestro reloj... En fin, cualquier cosa. Cuando tengamos esto dominado, todo lo demás no supondrá ninguna dificultad. Incluso podremos, si el asunto tiene suficiente importancia, contar con la ayuda de alguien de confianza que dé un grito o tome una

actitud extraña en el momento oportuno para provocar la distracción del otro y permitir nuestra desaparición. Normalmente no es necesario acudir a nadie y, si te digo la verdad, tampoco conviene hacerlo. Ya lo sabes, cuantos menos estén en el ajo... Y después de haber aprendido esto, la cosa no tiene más truco que el de llevarlo a la práctica cuando estés situado en el lugar correcto: cerca de una calle transversal, delante de un comercio que tenga dos salidas o junto al portal de la casa de un amigo al que hayas prometido visitar. También funciona bien cruzar la calle, si no es muy ancha ni pasan coches, para

ocultarse en cualquier sitio de la acera de enfrente. Y si esa vez no sale, pues no pasa nada. Todo lo que hay que hacer es esperar otra oportunidad que, tarde o temprano, acabará presentándose.

Vitín meditaba sobre lo que le habían explicado y, aunque no dudaba de que le decían la verdad, él no era capaz de ver la cosa tan fácil como los otros daban a entender. Con todo, y dispuesto a practicar en cuanto tuviese ocasión, quiso cambiar el tema de conversación.

—¿Y lo de los juguetes? ¿Cómo los hacéis?

—Ése es otro cantar, y ya hablaremos de ello cuando llegue el

momento. Ahora escucha lo que has de hacer mañana con ese plano de la ciudad donde apuntas cosas...

Y siguieron con su paseo, vigilados siempre por Silverio y por Sánchez, que se desesperaban, pobrecillos, al no lograr saber lo que aquellos tres estarían tramando.

AL día siguiente, a primeras horas de la tarde, cuando la actividad en los locales de la policía había bajado un poco su ritmo, se acercó Víctor a la puerta del despacho de Fermín y dijo, como de paso:

—Voy a salir unos minutos, antes de que cierren los bancos, para arreglar un asunto. Vuelvo enseguida. Aviso por si alguien pregunta por mí.

Fermín se levantó del asiento a la

vez que contestaba:

—Ve tranquilo, que ya estaré yo atento por si hay algo para ti.

—Gracias. Hasta ahora.

—Adiós.

Fermín esperó a que el otro se marchase y, después, se fue acercando muy despacio al lugar de trabajo de Víctor. Llevaba unos cuantos papeles en la mano para disimular. Pudo ver, contentísimo, cómo el plano que el otro no abandonaba ni a sol ni a sombra estaba ahora desplegado sobre el tablero. Se detuvo un momento para fijarse en las cruces, rayas y signos raros de diferentes colores que en él

había dibujados. Era, pensó, una gran suerte que aquel papel estuviese sin duda olvidado por las prisas de llegar a tiempo al banco, allí, a la vista de todos, lo que suponía que no había delito ni posteriores remordimientos de conciencia si se le echaba un vistazo más o menos interesado a lo que en él había.

Miró a su alrededor para saber si alguien se percataba de sus intenciones. El tal Vitín, novato como era, no tenía aún categoría suficiente para disponer de un despacho propio y compartía el lugar de trabajo con otros compañeros que, ocupados en su trabajo y

acostumbrados como estaban a las incesantes entradas y salidas de gente de la casa, no parecían hacer mucho caso de su presencia allí.

Comprobar esto le dio ánimos para seguir adelante con la curiosidad que le movía y fijarse en el plano con más detalle. No entendía el significado de tantos signos diferentes, pero sus ojos fueron a dar con una nota escrita con tinta roja que destacaba con claridad:

Plaza As Caladiñas. Viernes 12.

7,30.

Transportes Rulo.

Saquito blanco. S. N.-T. S.

Anotó todo aquello cuidadosamente en uno de los papeles que llevaba en la mano y corrió a avisar a sus compañeros confabulados del importante descubrimiento que, estaba seguro, acababa de hacer. La noticia fue recibida con el natural alborozo por parte de todos y, para mayor seguridad, encargaron a Martínez, como hombre responsable que era, que fuese a echar otro vistazo al plano de Vitín y verificara la certeza de los datos recogidos por Fermín. Así lo hizo, mientras los otros cuatro controlaban la llegada de su compañero novato, y volvió con anotaciones idénticas a las

ya conocidas. Aumentó, si cabe, la alegría de todos y, como no era prudente hablar allí de aquellas cosas, donde cualquiera podía escuchar lo que se dijera, decidieron celebrar una reunión a las cuatro de la tarde en un café que todos conocían y que era bastante oscuro y poco frecuentado.

Cuando Vitín volvió a su trabajo, después de dejar pasar el tiempo que consideró necesario para que le diese tiempo a Fermín de revisar sus anotaciones, comprendió, por la actitud de profunda atención que los otros cinco ponían en su faena, que todo había salido tal y como lo habían previsto.

A las cuatro en punto de la tarde estaban los cinco policías sentados alrededor de una mesa del café, esperando, no sin cierto temor, a que Fermín tomase la palabra para abrir la discusión sobre aquellas notas del plano. Cuando éste comprobó que el camarero se encontraba lo suficientemente lejos y que ninguna de las mesas de alrededor tenía clientes que las ocupasen, comenzó a hablar en un tono tan bajo que los demás no tuvieron más remedio que juntar las cabezas todo lo que podían para escucharlo:

—Queridos compañeros...

Callaron todos sabiendo el capricho que había tomado con aquella expresión.

—Ahora, si no me equivoco (y hay razones para pensar que no es así), ya tenemos algo adelantado en el trabajo. Esa anotación en el plano, justo encima del lugar correspondiente a la Plaza de As Caladiñas, resulta, a mi entender, poco menos que definitiva...

—Hombre, yo no creo que la cosa sea tan fácil como tú la expones — interrumpió Reboredas—. Tenemos una plaza, una fecha, una hora y el nombre de una empresa de transportes. Hasta ahí todo muy bien. Pero ¿qué quiere decir eso de *saquito blanco*? ¿Y las letras que

vienen después? No me digas que tú ya sabes...

Hizo Fermín un enérgico ademán para callar a su compañero.

—¡Haz el favor de no gritar! Que no estamos solos... Y escucha con atención lo que voy a decir. Lo del lugar, día, hora y transporte no necesita más explicación, ¿verdad?

—De la hora no sabemos si es por la mañana o por la tarde... —apuntó Silverio, no sin algo de reparo.

—Estamos hablando de un asunto muy serio, y en los asuntos serios las cosas se hacen con seriedad. Si fuese por la tarde pondría las diecinueve

treinta y no las siete treinta. Eso para empezar. Y después, ¿quién de vosotros tiene alguna teoría sobre lo de *saquito blanco, ese, ene, raya, te, ese?*

Todos se callaron y Fermín dejó pasar algún tiempo para darse importancia.

—Muy bien, veo que hay ciertas cosas para las que es preciso tener una formación a la que no puede acceder cualquiera. Os diré, pues, lo que yo he podido deducir y escucharé después aquello que vosotros tengáis que decir, si es que tenéis algo. Comenzaré por lo de *saquito blanco*. Podría pensarse que se trata de un nombre en clave, pero eso

mismo también se puede creer de las otras cosas: *Plaza de As Caladiñas*, *Transportes Rulo*, etcétera, lo que no parece muy lógico. Lo normal es que se trate, sin más, de un pequeño saquito blanco dentro del cual deben de estar los elementos, de los que aún no sabemos nada, que conformen el cuerpo del delito en el que Juan y Ni están metidos de lleno. Convengamos, pues, en que esas dos palabras significan justamente lo que dicen. Otra cosa son las letras. Fijémonos en las dos primeras, que están separadas de las otras dos por una raya: *ese*, punto, *ene*, punto. ¿Qué quieren decir?

Alzó Sánchez la mano, pidiendo la palabra:

—¡Señor Nicomedes! Si el paquete va dirigido a Ni, eso es lo más natural.

Fermín sonrió.

—No creo que en algo de tanto secreto se pueda ser tan explícito.

—*¡Sortimesna Novalérida!* —
apuntó con decisión Reboredas.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—No lo sé, pero las letras sirven, ¿o no?

Fermín meneó la cabeza, con el gesto de transigencia que las personas mayores acostumbran a utilizar con los niños cuando no saben muy bien lo que

éstos quieren decir.

—Y tú, Martínez, ¿no dices nada?

—Para qué voy a perder el tiempo si, diga lo que diga cada uno de nosotros, no vas a dejar que nadie te quite la razón.

—¡Muy bien! ¡Pues cierro la boca y no digo nada más! Ya os las arreglaréis sin mí.

Como todos esperaban esa reacción, nadie hizo mucho caso y aprovecharon para dedicar su atención a los cafés, que se estaban enfriando. El silencio se prolongaba y Fermín se mostraba inquieto, balanceándose en la silla. Cuando ya no pudo más, repitió:

—He dicho que ya os las arreglaréis sin mí...

Nadie contestó. Terminaron todos de tomar el café y Sánchez hizo un comentario sobre la marcha del Deportivo de la Coruña en el campeonato de Liga, lo que suponía un serio peligro de que la reunión acabase en una larga discusión de tipo futbolístico, peligro que Martínez supo evitar hábilmente:

—Seamos serios, señores, y no olvidemos el tema que aquí nos ha traído. Fermín, sigue con lo que estabas diciendo.

El otro vio el cielo abierto con el

cable que se le echaba y no se hizo de rogar.

—Ya que insistís tanto, escuchad pues... Yo creo, y diría sin equivocarme mucho que así lo entienden también aquellos que están familiarizados con el mundo del delito internacional, que en esta clase de asuntos el idioma común de uso es el inglés. Por esta razón mis indagaciones han ido justamente en esa dirección, y os comunicaré las conclusiones a las que he podido llegar. Parece lógico, como ya he intentado aclarar antes, que las dos primeras letras forman un corpus separado, no hay más que fijarse en el guión, de las otras

dos... *Ese, ene*, ¿qué significarán? Podéis creer que le he dado muchas vueltas al asunto antes de comprender que, tratándose de lo que se trata, tenían que ser las iniciales de *Spot News*...

Un corto silencio para que los demás tuviesen tiempo de digerir aquello, y de nuevo, vuelta a la explicación:

—*Spot News, ese, ene*. Así se dice en inglés lo que aquí sería dar la noticia de algo que justamente acaba de pasar, eso que llaman noticias frescas, últimas noticias o como se quiera decir. Es bastante lógico, sobre todo si pensamos que en ese talego blanco pueden venir documentos o instrucciones de última

hora para la buena marcha de la sección local de la organización a la que, con toda seguridad, pertenecen esos dos individuos. ¿Algo que objetar?

Silencio.

—Perfecto. Pasemos ahora al presunto significado de las otras dos letras: *te, ese*. ¿Alguno de vosotros ha pensado algo al respecto? ¿No? Está bien. Pues esto es, en mi modesta opinión, mucho más fácil que lo anterior. Seguramente que estáis hartos de verlo escrito en docenas de maletas, sobres o papeles en las películas de espionaje: *Top-Secret...*

—¡Es verdad! Sí, señor. Eso lo he

visto yo muchas veces en el cine y en la televisión... ¿Qué quiere decir?

—Amigo Sánchez, por favor. Todo el mundo sabe lo que quiere decir *Top-Secret*.

—¿No pretenderás insinuar que yo no soy de este mundo? Pues para que te enteres, estoy dispuesto a presentarte, esta noche, otras cien personas, al menos, que tampoco lo saben...

Las risas de sus compañeros hicieron callar a Sánchez, que prefirió preguntar a Martínez, en voz baja, el significado de aquellas palabras. Éste se lo dijo, también en voz baja, y el alboroto fue remitiendo para que Fermín

podiese seguir con su documentada exposición.

—Si todos estamos de acuerdo con esta interpretación mía, no hay duda de que es nuestra obligación, y además nuestra conveniencia, hacernos el viernes que viene con ese saquito blanco, sea como sea.

—Reboredas tiene toda la razón. Por eso propongo que nos pongamos a estudiar, aquí y ahora, la estrategia que debemos seguir para llevar adelante nuestro plan... Pensad que Víctor también lo sabe todo y ha tenido más tiempo que nosotros para preparar el suyo. Esto quiere decir que el viernes a

las siete y media de la mañana estará sin falta en la Plaza de As Caladiñas, si es que no se nos adelanta gracias a algo que él sepa y nosotros todavía no... Para tenerlo todo controlado propongo que tres de los que aquí estamos se encarguen de vigilar al tal Vitín desde la tarde del jueves hasta el momento preciso de la mañana del viernes. Serán necesarios tres para poder relevarse en el servicio de manera que él no se quede sin vigilancia ni un solo minuto. Juan y Ni nos interesan menos porque sabemos muy bien dónde tienen que estar ese día y a esa hora. Si os parece bien os encargaréis de eso Sánchez, Reboredas

y Silverio, que sois particularmente astutos para esta clase de trabajos, mientras que Martínez y yo nos ocuparemos de la parte estratégica del asunto. Hay, también, que ir a hablar con nuestros superiores para que sepan cuanto antes de quién va a ser el mérito del servicio, y que estén preparados para hacer pública la noticia de nuestro importante descubrimiento...

Y Fermín bajó todavía más el tono de su voz, lo que obligó a los demás a unir graciosamente las cabezas, inclinándolas hacia el centro de la mesa, ante el risueño asombro de los dos viejos camareros.

LLEGÓ, no podía ser menos, la mañana del viernes. A la plaza de As Caladiñas iban a parar, en días de mercado, muchas gentes que vivían y trabajaban en las poblaciones rurales de los alrededores. Llegaban acarreando algunos de sus productos para poder venderlos en la ciudad. Allí se juntaban, para la descarga, automóviles todoterreno, furgonetas, pequeños camiones e incluso algún pesado tractor.

El alboroto de los motores, las conversaciones en voz alta, los saludos y discusiones de los primeros tratos llenaban, desde muy temprano, aquella plaza que, a diario, era más bien tranquila y silenciosa.

Fermín y Martínez estaban paseándose por allí desde mucho antes de que el día amaneciese y llegasen los primeros vehículos. Ocultos bajo los soportales controlaban todo lo que pasaba sin hablar nada entre ellos, a pesar de que a Fermín no le faltaban ganas. A las siete y diez, minuto arriba, minuto abajo, entró en la plaza, muy despacio, una vieja camioneta, con la

cabina de color rojo oscuro, y que llevaba en las puertas, escritos con pintura blanca, unos rótulos en los que se podía leer: Transportes Rulo — M. P.

Fermín aprovechó la oportunidad de romper el silencio que se veía obligado a guardar:

—M. P. quiere decir mercancía propia...

—Ya lo sé, cierra el pico y atiende...

El conductor de la camioneta encontró un hueco donde dejarla y la estacionó allí. Los dos policías se fueron acercando con disimulo, procurando mezclarse con la gente que

se movía por la plaza, hasta lograr situarse a pocos metros de distancia.

Un poco más tarde vieron llegar a Vitín, que miraba interesado a su alrededor, y, detrás de él, escurriéndose en la sombra de los soportales, a aquellos de sus compañeros encargados de vigilarle. Venían, los pobres, sin afeitar, con la ropa arrugada y luciendo, los tres, unas enormes ojeras de color violeta que indicaban con claridad el tiempo pasado sin dormir. Vitín localizó la camioneta y se dirigió hacia ella justo cuando aparecían, frescos y risueños, Juan y Ni, lo que, al parecer, obligó a Víctor a detenerse, haciendo como que

se fijaba en las mujeres que arreglaban con mimo las cestas repletas de quesos.

—¡Que nadie se nos adelante!
¡Vamos! —dijo Fermín, y se lanzó hacia la furgoneta, de la que ya se había bajado el conductor, que estaba organizando la mercancía de la caja.

—Recuerda en lo que habíamos quedado. Nada de cosa oficial si no es preciso.

Y Martínez hablaba al tiempo que corría detrás de su compañero.

Llegaron a la altura de Rulo, que no los había visto, entretenido con sus cosas.

—Buenos días, amigo —saludaron a

la vez los dos policías.

El otro se volvió hacia ellos.

—Buenos días, señores.

Martínez tosió antes de seguir hablando.

—Fresquita la mañana, ¿verdad...?

—Sí, señor, sí que está fresca.

—Pero no parece que vaya a llover, y lo cierto es que no vendría nada mal un poco de agua...

—No vendría nada mal, no, señor.

—Y usted, ¿qué trae al mercado, si me permite preguntárselo?

—Patatas, señor. Todos estos sacos están llenos de patatas. Si quieren comprar alguno...

Fermín hizo un gesto para indicar que, a partir de aquel momento, era él quien se hacía cargo de la conversación.

—Interesante tubérculo la patata. Muy importante hoy en día en la cocina europea, aunque sea oriundo del Perú y otros lugares de América. ¿Sabía usted que su nombre científico es *solanum tuberosum*?

—¿Y cómo quiere usted que yo pueda saber una cosa así?

—¿Y no trae en la camioneta más que patatas?

—No, _señor... Es decir, traigo también dos lacones, pero son de encargo, y un saquito de...

—Déjemelo ver.

El hombre subió a la caja del vehículo para volver a bajar inmediatamente trayendo algo en la mano. Al apoyar el pie en el suelo se dio cuenta de que ya no eran dos, sino cinco, los hombres que tenía a su alrededor. Silverio, Sánchez y Reboredas, muertos de curiosidad, se habían ido a reunir con sus compañeros. Ante los ojos de todos ellos, colgando de la mano derecha de Rulo, se balanceaba el saquito blanco con las letras *S. N. — T. S.* claramente escritas.

—¿Estaría usted dispuesto a venderme ese saquito?

—Hombre, para eso está... Pero no creo que a usted, vestido así y con esas manos tan delicadas, le pueda...

Martínez interrumpió:

—Es que aquí, mi amigo, es un relevante científico y utiliza estas cosas para sus estudios...

—Si es cosa de ciencia... ¿Qué quiere que le diga? Yo de eso no...

Fermín levantó el brazo.

—Le doy por él diez mil pesetas.

Rulo abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—¿Cuánto ha dicho que me daba?

Fermín consultó, con la mirada, a los otros cuatro antes de afirmar:

—Está bien. Veinticinco mil pesetas, y no se hable más.

—Pero es que...

—¡Nada, nada! ¡Ahí van los cinco mil duros y venga el saquito!

Fermín le puso a Rulo el dinero en la mano y tomó la bolsa sin darle tiempo a reaccionar. Después los cinco echaron a correr. El bueno del hombre gritó, porque ya estaban lejos:

—¡Yo vengo todos los días de mercado y siempre paro en esta plaza! ¡Cuando quieran comprar más, pregunten por mí! Me llamo Teolindo, Teolindo Suárez, aunque también me llaman Rulo...

Vitín se había juntado ya con Juan y Nicomedes, en vista de la rápida huida de los otros, y reían los tres.

—Pues resulta que las cosas han salido mejor de lo que nosotros creíamos —dijo Juan—. Ahora sólo nos queda esperar, sobre todo tú, amigo Víctor, a que esta historia siga su camino. Como hoy es viernes, lo más seguro es que hasta el lunes no haya muchas novedades, sabiéndose como se sabe que las autoridades tienen la costumbre de pasar el fin de semana fuera de la ciudad. Mejor así, ya que tendrás tiempo para meditar bien cualquier decisión que tomes. Ahora

vamos a darle las gracias a Rulo por ayudarnos, y después nos tomaremos los cuatro un cafetín para calentarnos un poco el cuerpo.

Así lo hicieron y, sentados en el café, se imaginaban lo que estarían haciendo los otros cinco policías. Éstos, desde el momento en que se habían visto dueños de la mercancía, corrieron a reunirse en el despacho de Fermín, y allí, después de haber entrado por separado para que nadie pudiese sospechar nada y haber cerrado cuidadosamente la puerta por dentro, se dispusieron a desvelar el misterio que ocultaba el saquito blanco, colocado

delicadamente sobre la mesa.

Ya se abalanzaba Silverio, impaciente, sobre él, cuando Fermín gritó para detenerle:

—¡Alto ahí! Hagamos las cosas con orden. Antes de nada tenéis que darme cinco mil pesetas cada uno. Se han pagado veinticinco mil por la bolsa, por lo que, siendo cinco como somos y si las matemáticas no me engañan, nos toca pagar mil duros a cada uno. *Les bons comptes font les bons amis...*

Sánchez, que ardía en deseos de ser él quien abriese el saquito, y que, además, no era muy aficionado a soltar dinero así por las buenas, frunció el

ceño y contestó mascullando:

—Y todavía querrás que te paguemos en francos o algo así...

Pero todos, de mejor o peor gana, aligeraron el bolsillo y él también. Fermín se guardó el dinero, con mucha ceremonia, y después dijo:

—Muy bien. Pasemos ahora al siguiente punto. Está claro que Sánchez es quien más ganas tiene de abrir la bolsa y, ya que esta vez ha sabido que era francés el idioma que he utilizado, dejemos, si os parece bien, que lo haga él.

No aguardó Sánchez a que se lo dijese dos veces. Tomó la bolsa y, a

pesar de que la impaciencia hacía que le temblasen algo las manos, estuvo ligero para desatar el cordón que la cerraba.

Vertió, con mucho cuidado, parte de su contenido sobre el tablero. Unas bolitas oscuras y muy pequeñas rodaron hasta perderse, algunas de ellas, bajo los papeles que en la mesa había.

—Pero... ¿qué demonios es esto?

Saltó Fermín, hecho un basilisco:

—¡Suelta eso y sal de ahí, que me lo vas a poner todo perdido! ¡Trae!

Le arrebató la bolsa de las manos y se dedicó, seguido por la atenta mirada de los demás, a vaciarla cuidadosamente dentro de una caja de cartón, revisando

con suma atención todo lo que salía de la bolsa. Repitió dos o tres veces la operación, hasta convencerse de que en aquel saquito sólo había cientos, miles, de aquellas diminutas bolitas oscuras.

—Habrá que llevar una muestra al laboratorio para que la analicen...

Martínez dijo con una ácida sonrisa en la boca:

—No lleves nada a ninguna parte. La realidad es que somos tontos, y tú más que ninguno. Has pagado veinticinco mil pesetas por algo que no vale ni doscientas. ¿No sabéis lo que es esto?

Silverio contestó:

—Yo soy hijo de labradores y, si no

me equivoco, eso que hay en la bolsa no es sino semilla de nabo...

—Exacto. Supongo también que alguien se acordará de lo que nos gritó Rulo cuando nos íbamos...

Ahora respondió Reboredas:

—Dijo que venía todos los días de mercado...

—¿Y qué más?

—También dijo que se llamaba... ¿Cómo dijo que se llamaba...? Teolindo... Teolindo Suárez.

—Como podéis comprobar, todo concuerda a la perfección. Las letras de la bolsa: *S. N., semilla de nabo; T. S., Teolindo Suárez...* Ni *Top Secret* ni

porras... Esto pasa por andar liando las cosas y no ir directamente al grano. Puesto que, al parecer, todo tiene que venir en inglés, pues ¡toma *spot news!*... No hay noticia más fresca que ésta: «Cinco idiotas pagan, voluntariamente, un montón de pasta por una pequeña bolsa llena de semillas de nabo, y todavía quieren que los asciendan y feliciten».

Fermín estaba un tanto acobardado por la actitud de los otros cuatro, y también porque comenzaba a sentirse en ridículo, pero también estaba dispuesto a mantener el tipo y no entregarse así, de buenas a primeras.

—Tranquilízate, compañero. No creo yo que la cosa sea tan sencilla como tú la expones. Razonemos: si todo fuese como dices, ¿por qué aparecía la indicación en el plano de Vitín? No creo yo que él tenga interés en comprar semilla de nabo y, aunque así fuese, ¿por qué tenía que poner una cosa así, tan poco importante, en un papel que siempre lleva consigo y en el que anota cosas referidas a Juan y Ni? En todo este asunto tiene que haber algo más...

Comprobó que la duda comenzaba a anidar en la cabeza de los demás, y eso le dio ánimos para seguir:

—No voy a negar que esto se parece

a la semilla de nabo, o que incluso lo es... Muy bien, pero ¿qué clase de semilla es ésta? ¿Qué clase de nabo nace cuando ella germina..., si es que puede germinar? No querríais que todo consistiese en coger la bolsa, abrirla y ya está. Todos los secretos de una importantísima y criminal organización internacional ahí, en nuestras manos, sin más trabajos y esfuerzos... No, queridos compañeros, *qui gatta ci cova*, como dicen los italianos...

—Haz el favor de explicar qué es eso que dicen los italianos —pidió Reboredas.

Fermín, que se dio cuenta de que

volvía a ocupar el puesto de director de orquesta, no estaba dispuesto a perder la ocasión de lucirse:

—Pues lo que quieren indicar los franceses cuando, cambiando el animal, dicen: *il y a anguille sous roche...*

—Muy bonito, sí señor...

—O lo que nosotros decimos: *aquí hay gato encerrado...* Este asunto tiene que ser más complicado de lo que a primera vista parece... Yo insisto en llevar estas semillas, o lo que sean, al laboratorio para que las analicen con cuidado, porque estoy seguro de que ha de aparecer algo que nosotros, ahora, no podemos ver...

Martínez, obcecado, seguía insistiendo:

—Que vamos a hacer un ridículo espantoso. Esto es semilla de nabo y nada más. Si la llevamos al laboratorio, todo el mundo se va a reír de nosotros... Yo prefiero dar por perdidas las cinco mil pesetas que he pagado que servir de pitorreo a todos los compañeros...

—No sé quién puede tener razón —dudaba Silverio—. También yo tengo miedo al ridículo, pero ¿y si es cierto que en el laboratorio aparece algo...? Además, ya hemos avisado a todos los jefes. ¿Qué les podríamos decir ahora?

—Pues cualquier disculpa... Que no

ha aparecido el fulano que esperábamos, por ejemplo. Eso es bastante normal que ocurra, hasta en las películas...

La discusión se generalizó, y no parecía que fuese posible llegar a un acuerdo a pesar de que todos ellos, en el fondo, se agarraban a la esperanza de que apareciese algo distinto en el contenido del saquito que los librase de sentirse burlados. La última decisión fue la de seguir adelante con el asunto, pasase lo que pasase.

VITÍN pasó mucho tiempo aquel fin de semana en compañía de Juan y Ni. Hablaron de cuanto tres personas pueden hablar y anduvieron juntos de un lado a otro de la ciudad.

Llegó el lunes y sucedió lo que tenía que suceder. A media mañana avisaron a Víctor de que tenía que presentarse inmediatamente en el despacho del señor Gobernante Mayor, y allí acudió, como era su obligación.

Era aquél un lugar muy peripuesto y elegante: muebles de estilo, lámparas brillantes, alfombras persas, ficheros de maderas nobles, dos preciosas plumas estilográficas sobre la lujosa mesa de despacho..., y además un enorme ordenador y dos magníficas máquinas de escribir eléctricas. Todo tan bien conservado que dejaba ver con claridad que nada de aquello se gastaba por el uso.

Allí lo esperaban todos cuantos tenían un cargo importante en la ciudad. Además del señor Gobernante Mayor estaban el señor Comisionado Jefe, el señor Regidor Primero, la señora

Delegada de Otros Mandos y un hombre pequeñita, vestido de gris, que podía ser cualquier cosa. Le obligaron a sentarse en una incómoda silla, justo frente a todos ellos, y fue el señor Comisionado Jefe quien comenzó:

—Usted es don Víctor Arvinza Marcelle, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ya sabía yo que no podía equivocarme... Como puede ver, nosotros estamos enterados de un montón de cosas, ya que para eso nos tienen aquí. ¿Comprende lo que le digo?

—Creo que sí, señor.

—Muy bien. Pues de las muchas

cosas que nosotros sabemos hay una de la que queremos hablar con usted. Le va a dirigir la palabra el señor Gobernante Mayor.

Éste se reclinó hacia atrás en su butaca, forrada con terciopelo rojo; juntó las yemas de todos los dedos de su mano derecha con las correspondientes de los de la mano izquierda; miró, un poco arrogante, a su alrededor; tosió delicadamente y, por fin, habló:

—Querido y respetado señor Arvinza, y comienzo hablando así porque, como usted debe saber muy bien, el respeto a los subordinados es una de las señales más importantes de la

categoría propia de quien tiene serias responsabilidades de mando, y yo deseo que esto quede bien claro en este inicio de nuestras relaciones. Quiero decir que es necesario saber quién es el que manda, quién es el inferior y también que, si hay que respetar a alguien, además de a mí, pues haremos lo que esté en nuestras manos. ¿Me explico?

—Sí que se explica, señor.

—Así tiene que ser. Usted, naturalmente, no sabrá las razones que motivan su presencia entre nosotros...

—Bueno, ¿qué quiere que le diga? Creo que algunas de esas razones no me son del todo desconocidas...

—¡Usted qué rayos va a saber!
¡Cállese la boca y escuche! —
interrumpió el Comisionado Jefe—. No
haga caso, señor Gobernante Mayor, y
siga con lo que estaba diciendo, que iba
muy bien...

—Muchas gracias, querido amigo...
Queda, pues, bien claro que usted, señor
Arvinza, no tiene ni idea de las razones
por las que le hemos hecho venir esta
mañana... Pero no se apure. Aquí estoy
yo para explicárselas. Preste atención...
Sabemos, ya se lo ha dicho antes el
señor Comisionado, muchas más cosas
de las que la gente corriente se puede
imaginar y, como no podría ser menos,

también tenemos noticia de la existencia de esos dos peligrosísimos delincuentes internacionales que son... ¿Cómo se llaman los fulanos?

El hombrecito de gris le pasó un papel con algo escrito y el Gobernante prosiguió:

—... peligrosos delincuentes internacionales que son Juan Rede Millás y Nicomedes Lourido Cantarelo. ¿Estoy en lo cierto?

—Más o menos...

—¿Qué quiere decir eso de más o menos?

El Comisionado Jefe volvió a intervenir, cada vez más molesto.

—¡Ya le he dicho que escuchase y que cerrase la boca!

—Pero es él quien ha preguntado y yo...

—¡No conteste a las preguntas si no se le ordena! ¡Como vuelva a confundir al señor Gobernante Mayor, le abro un expediente que no se lo salta un caballo! Siga usted, señor, siga y no haga mucho caso. Estos jóvenes, ya se sabe...

—De acuerdo, seguiré... Habíamos quedado en que yo estaba en lo cierto con eso de que usted se dedica a descubrir las intrigas de esos dos individuos sin contar para nada con los demás, en especial con las personas de

peso e importancia como somos nosotros, lo cual no está nada bien, si quiere que le diga la verdad. ¿O es que usted se cree que ocupamos el puesto que ocupamos por nuestra cara bonita? Pues no, señor...

—Desde luego, eso salta a la vista...

—Y también sabemos de la jugada que usted les hizo a cinco de sus compañeros que, según nuestras noticias, llegaron a pagar cuatro mil pesetas por un pequeño saquito de semilla de nabo...

—Disculpe que hable ahora, señor Gobernante Mayor, pero eso no es

verdad.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué no pagaron ese dinero que yo digo y que es una estafa, porque usted les hizo creer que había algo importante en esa bolsa? Pues sepa que en el laboratorio no han descubierto otra cosa que no fuese vulgar semilla de nabo...

—No es eso, señor. Ellos pagaron voluntariamente porque nadie les había pedido nada por el saquito. Lo que no es cierto es que hubiesen dado por él cuatro mil pesetas.

El Comisionado Jefe sonrió satisfecho.

—Ya me parecía a mí que esos

hombres, que son los de mi mayor confianza, no podían ser tan tontos como para dar ese dinero por algo así...

—Es verdad. En realidad ellos pagaron veinticinco mil pesetas.

La señora Delegada de Otros Mandos sacudió la cabeza con aires de suficiencia.

—Si es que no se puede mandar a los hombres a comprar nada. Es lo que siempre digo. Hay que hacer como yo que, para esas cosas, tengo una criada...

El Regidor Primero se levantó de la butaca y, dirigiéndose al hombrecito de gris, ordenó:

—Rodríguez, haga el favor de llevar

a este hombre fuera del despacho para que las autoridades podamos hablar, sin testigos, de nuestras cosas. Los avisaremos cuando decidamos que continúe el interrogatorio.

El hombre de gris y Vitín obedecieron. Salieron fuera sin decir ni pío y esperaron en el antedespacho hasta que, al cabo de un rato, avisaron por el interfono para que volviesen a entrar.

Sentados otra vez todos en sus lugares correspondientes, volvió a tomar la palabra el señor Gobernante Mayor:

—Dejémonos ya de historias. Conocemos a esos dos delincuentes internacionales y sabemos también la

importancia de los delitos que se les imputan. De esos cinco pasmarotes que pagan un montón de dinero para hacer el ridículo y dejarnos quedar mal a nosotros, ya habrá tiempo de encargarse... Ahora le exigimos, le ordenamos a usted, que nos informe debidamente y con detalle de todo cuanto sepa. Sin disculpas ni rodeos.

Vitín se rascó la cabeza y carraspeó por lo bajo antes de comenzar:

—No sé muy bien cómo se tomarán ustedes lo que voy a decir, pero quiero que sepan que no hay otra verdad más que ésta. El señor Ni y el señor Juan no son delincuentes ni nada que se le

parezca. Son, eso sí, algo diferentes en el modo de entender las cosas e incluso en la manera de actuar. Quiero decir que no son exactamente como nosotros.

—Explíquese mejor —pidió el Gobernante—. Ese «como nosotros» significa que no son iguales a gente como usted, o que no son iguales a las personas importantes como los que estamos a este lado de la mesa, exceptuando a Rodríguez, naturalmente.

—Pues yo diría que hay de todo. Ellos son enormemente diferentes a ustedes, muy diferentes al señor Rodríguez y bastante diferentes a la gente como yo.

—¿Qué es lo que hacen?

—Juguetes. Ilusiones. Alegrías.

Amistad. Fuego...

Rodríguez brincó como un resorte.

—¡Incendiarlos! ¡Son incendiarlos!

La señora Delegada de Otros Mandos se volvió, despectiva, hacia el de gris y puntualizó:

—Hable usted con propiedad, puesto que se encuentra, provisionalmente, a este lado de la mesa. Esos individuos son dos vulgares pirómanos. ¿Entiende?

—Yo creía que era lo mismo... Que el significado de las dos palabras...

—Precisamente por eso, hombre de

Dios. ¿No se le había ocurrido nunca pensar en la razón por la que, a veces, hay más de una palabra para definir el mismo concepto?

—Sí, pero...

—¿Y a qué conclusiones fue capaz de llegar?

—En realidad esta clase de disciplinas no son precisamente mi fuerte... Yo soy más bien de ciencias...

—Pues se lo diré yo, para que lo tenga siempre en cuenta: una de esas formas es para uso de la gente corriente, y la otra para que la digan las personas de importancia. ¿Usted ha escuchado alguna vez a un campesino decir: «En

base a...»?

—No, señora.

—Pues ya ve. Ahora ya lo sabe, cuando esté a este lado de la mesa debe decir pirómano, ¿comprendido?

—Sí, señora.

—Y ahora queremos que este señor nos explique puntualmente todas y cada una de esas conflagraciones (entiéndase, a ese lado de la mesa, voraces incendios) provocadas por los dos peligrosos indiciados (entiéndase, a ese lado de la mesa, sospechosos) sobre los que usted está perquiriendo.

La mujer se quedó tan satisfecha, después de hablar, que nadie se atrevía a

abrir la boca por no molestarla en aquel estado de gracia suyo. Tuvo que ser Vitín, a quien iba dirigida la indicación, el que rompiese el silencio:

—Yo, y discúlpennme ustedes, nunca he dicho que esos dos señores se dedicasen a incendiar, conflagrar, prender, encender o pegar fuego a nada material. Si ni siquiera fuman. Un servidor ha utilizado el término fuego en sentido figurado, algo que, por lo menos desde este lado de la mesa, se le da muchas veces. ¿Nunca han oído hablar de la lámpara del amor, del fuego de unos ojos, del rescoldo de una esperanza, de las chispas del ingenio, de

la hoguera de la pasión, de la llamarada del triunfo, del calor de los sentimientos...?

Al señor Regidor Primero se le abrieron los ojos como platos.

—¡Ay mi madre querida! ¡Si eso que está diciendo son cosas de poetas!

—Yo ya había advertido que este hombre no estaba del todo en sus cabales. Si sólo con fijarse en su manera de actuar, se puede ver... ¡Pobrecillo, mira que acabar en poeta!

Y la lástima del señor Comisionado Jefe parecía auténtica, pero el Gobernante Mayor hizo valer su autoridad y cortó tajante:

—¡Aquí no estamos para tonterías!
¡Usted confiese todo lo que tenga que
confesar y no se nos líe con cosas poco
serias! ¿Qué demontres es lo que esos
individuos encienden?

—Es que si digo la verdad, les va a
parecer también poético.

—Pues dígala, que nosotros somos
personas con responsabilidades y
estamos lo suficientemente curtidos
como para soportar cosas de éstas.

—Ellos, señores, intentan encender
el fuego en el hogar de quien tiene frío,
la esperanza en el corazón del que está
derrotado, la ilusión en el alma del que
sufre, el aliento en el pecho del que se

deprime... Procuran mantener encendida la lámpara de la vida... Esos dos hombres luchan por conseguir que cada mañana alumbre el sol y que cada noche brillen las estrellas...

El señor Rodríguez se volvió a olvidar de su posición en la mesa y comentó, asombrado:

—¡Vaya! ¡Ahora sí que la hemos hecho buena!

Pero el Gobernante Mayor, del que todos comentaban que era un hombre de mucho futuro, fue capaz de sobreponerse a las circunstancias, como cabía esperar de alguien de su categoría.

—¡Cállese la boca, Rodríguez! Y

usted hable claro y sin rodeos para que nosotros sepamos qué es lo que hacen esos dos.

—Hacen juguetes, por ejemplo. Juguetes maravillosos que no tienen otro mecanismo que el de la ilusión de quien los maneja... E historias, siempre diferentes, que tratan del prestigio de las pequeñas cosas y de la gente corriente... Tienen un cuarto enorme lleno de hermosas historias en las que aparecen niñas de piel oscura, hombres que no han querido nunca llegar a la cumbre de nada, mujeres que jamás podrán ganar un concurso en la televisión, perros que se han quedado cojos porque los

atropelló un automóvil y no sirven para cazar, sucios gusanos que nunca podrán convertirse en mariposa...

La señora Delegada de Otros Mandos ponía cara de asco.

—Y ¿a quién le van a contar esas cosas tan feas?

—No son tan feas, señora. Le puedo asegurar que son maravillosamente hermosas, mucho más hermosas que todas las que usted haya tenido oportunidad de escuchar nunca, y se las cuentan a las niñas de piel oscura, a las mujeres que no van a los desfiles de moda, a los hombres que queman sus fuerzas para mejorar, aunque sólo sea un

poquito, la vida de otros; a los perros cojos y a los gusanos...

—¡Qué tontería! Eso lo puede hacer cualquiera. También hablo yo, cuando hay elecciones, con la gentuza esa de los arrabales y no me fijo si hay perros, gatos o gusanos por allí...

—Pero es que no importa tanto lo que se cuenta como el modo de contarlo, querida señora Delegada de Otros Mandos.

—Pues, para que usted se entere, nosotros tenemos un escritor muy bueno que es el encargado de hacerme los discursos, y estoy segura de que esos dos ni son escritores ni nada.

—Unos locos, eso es lo que deben de ser —dijo, bostezando, el señor Comisionado Jefe—. Si no se saben comportar con decencia ni siquiera en público. Voy a contarles algo que recuerdo ahora y que sucedió un día en el que asistí, obligaciones del cargo que uno ostenta, a uno de esos conciertos de música clásica. Estaba todo lleno de gente y esos dos también, allí, en mitad del patio de butacas, vestidos con la ropa de diario y el grande sin dejar ver nada a los que se sentaban detrás. Ya se pueden hacer ustedes una idea. Muy bien, ¿pues quieren creer que en todo el tiempo que duró el concierto no tosieron

ni una sola vez entre movimiento y movimiento de aquellas sinfonías, algo que, como es bien sabido, debe hacer en los conciertos cualquier persona medianamente fina? A mí me avisó de ello mi señora que, como todos saben, menos Rodríguez y este señor, es una mujer a la que no se le escapa detalle y yo, siendo quien soy, tosía como un loco para que se viese que estaba a lo que allí había que estar.

—¡Qué falta de respeto por parte de esos fulanos! —aseguró, muy convencido, el Regidor Primero—. Podríamos pensar en prohibirles la entrada a los actos culturales que

organicemos.

—Ah, pero... ¿es que organizamos alguno? —preguntó, interesado, el Comisionado Jefe.

El Gobernante Mayor retomó la palabra:

—Unos tipos que hacen esa clase de cosas y, encima, se dedican a contar cuentos al primero que se les aparece, lo único que tienen es ganas de perder el tiempo. Porque no sabrán hacer nada más. ¿O sí?

—Yo diría que, visto desde este lado de la mesa, hacer eso ya no es poco. Pero todavía hay muchas más cosas. Puedo asegurarles que, por

ejemplo, son geniales incluso haciendo montajes fotográficos...

—¿Para qué?

—Para los que menos pueden.

¿Saben ustedes cuántas personas se pasan la vida trabajando duro, persistiendo en su esfuerzo con la esperanza puesta en un futuro tiempo de sosiego en el que puedan hacerse realidad los sueños imaginados a lo largo de los años? ¿Saben también que la mayoría de esas personas nunca podrán conseguir ni una pequeña parte de aquello que durante tanto tiempo han deseado, porque no tienen con qué, porque han perdido fuerzas y salud o

porque siempre hay otros que piensan que van a gastar mucho y hacen lo imposible para no permitírsele...? Pues bien, Juan y Ni se pasan horas y más horas en su laboratorio para poder llevar a esa pareja de jubilados que viven solos en un piso oscuro, apenas iluminado por la esporádica visita de una nietecita rubia que se aburre al rato de estar allí, la colección de fotografías que para ellos han preparado... Y en una de ellas aparece el matrimonio, sonriendo feliz y cogidos del brazo, en la Plaza de San Marcos de Venecia, rodeados de palomas blancas. En otra se ven a bordo de una esbelta góndola, y en

ella el gentil gondolero contempla, admirado, la serena hermosura de la mujer, lo que permite al viejo comentar con picardía: «Si es que todos los hombres se fijaban siempre en ella, y todavía hoy...». Y la señora, un poco coqueta, vuelve los ojos hacia su marido y, tomando cariñosamente su mano, contesta: «Sería verdad, pero de sobra sabes que tú lo has sido siempre todo para mí...». Entonces se produce un instante en el que es posible apreciar el aroma de un amor que ya parecía marchito.

«También se las saben arreglar, Juan y Ni, para visitar al muchacho enfermo

que, débil y callado, ve pasar el tiempo lentamente en la soledad de un cuarto en penumbra, justo a esas horas del atardecer en que la fiebre hace más pesados los párpados y más brillantes los ojos consumidos, ofreciéndole un refulgente cartel donde aparece él formando parte, orgulloso y digno en el centro de la foto, del equipo de fútbol de sus amores y donde los ídolos deportivos del chico posan, confiados, con los brazos sobre sus hombros... Y él sabe el nombre de todos, y comenta con orgullo el pase perfecto que supo mandar al delantero centro para que éste consiguiese el gol de la victoria. Y

entonces, se puede escuchar, con los oídos del alma, la intensa ovación que le brinda el público admirado...».

«O la visita a esa mujercita que, luchando con el viejo dolor de riñones, limpia concienzuda los suelos de mármol del gran edificio del banco y a la que se le han ido ya el tiempo y la sonrisa, para entregarle algunas ampliaciones de los fotogramas de una película imaginada en los que el eterno galán de la pantalla, con el que tanto había soñado hace años, se va acercando a ella, seductor y seducido, para, por fin, tomarla, amoroso, entre sus fuertes brazos a la espera del largo

beso que marque el final de la proyección...».

—Muy bien hecho, sí señor, para que después llegues tú por la mañana a cobrar un cheque y esté todo a medio limpiar.

Esta vez la intervención de Rodríguez resultó favorablemente recibida por sus compañeros de posición, lo que le animó a preguntar:

—Y además, ¿todo eso para qué sirve?

Vitín sonrió humildemente.

—¿Usted sueña, señor?

—¿Cómo voy a saber yo eso con lo mucho que tengo que hacer? Si hasta

dormir ya me parece una pérdida de tiempo. Además, los sueños son mentira, y esas fotografías de las que habla usted también lo son. Hay que andar con los pies bien firmes sobre el suelo si se quiere llegar a algo en la vida. Eso es lo que siempre dice el señor Gobernante Mayor, y poca gente habrá más inteligente que él y que sepa hablar mejor.

Todos, menos Vitín, que no tenía obligación, asintieron serviciales.

El policía no perdió la sonrisa.

—Pues yo estoy en condiciones de asegurarles que tampoco es mal asunto echar, de vez en cuando, los pies por el

aire. E incluso bajar la cabeza. Las cosas se ven así de otra manera...

»—Escúchenme bien: sé, naturalmente, que todo eso de los viajes, las historias y las fotografías no es cierto, pero también sé que aquellos que realmente podrían estar en esos cuentos o en esas fotos sin necesidad de haberlas trucado, tienen la seguridad, en algún lugar de su interior, de que lo de ellos tampoco ha tenido por qué ser verdad siempre... O que puede dejar de serlo en cualquier momento... Como lo que aquí está pasando ahora mismo...».

Todos callaban y Vitín insistió:

—¿Están absolutamente seguros de

que todo esto: cada uno de ustedes, yo mismo, los cargos que hoy ostentan, Juan y Ni, el elegante despacho, la semilla de nabo..., es auténticamente real y no se va a desvanecer en cualquier momento?

Nadie abrió la boca. Se miraban, confusos, unos a otros sin saber qué hacer. Vitín aprovechó la ocasión para levantarse del incómodo asiento en el que estaba y, sin más, marcharse del despacho.

Después avisó, en la secretaría, de que renunciaba a su puesto y salió a la calle.

Desde entonces son tres los amigos que andan siempre juntos por la ciudad: uno de ellos, enorme de estatura y corpulencia, que se llama Juan; otro, normal de altura y peso, que se llama Vitín, y otro, pequeño y menudo como un pajarito, que se llama Nicomedes.

Según se comenta en esa ciudad de Galicia de la que hablábamos al principio, todavía hay unos cuantos policías del lugar que andan como locos tratando de averiguar a qué se dedican esos tres hombres.